

LAS TRES NOVIAS Ó EL CABALLERO Á LA MODA.

Comedia en cinco actos, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, *y representada con grande aplauso en el teatro del Príncipe, el* 16 *de mayo de* 1828.

PERSONAS.	ACTORES.
D.ª Lorenza.	*D.ª J. Llorente.*
Mariana.	*J. Baus.*
Manuela.	*R. Gonzalez.*
La Baronesa del Cierzo.	*C. Velasco.*
El Marqués del Plátano.	*D. C. Latorre.*
D. Meliton..	*J. Caprara.*
D. Antonio..	*P. Montaño.*
Crispin.	*A. de Guzman.*
Longinos.	*J. de Guzman.*
Simon.	*N. N.*
Criados de D.ª Lorenza.	

La escena es en Madrid en una sala de la casa de doña Lorenza, amueblada con elegancia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Lorenza *y* Manuela.

Man. Qué es esto, señora? ¿Cómo venís de ese modo? Qué os han hecho?

Lor. Una injuria; estoy volada! Una afrenta. No puedo hablar. Acércame una silla.

Man. Una afrenta! A vos, señora? Es posible?

Lor. Sí, Manuela. La vida me vá á costar. Qué atentado! Ultrajarme asi enmedio de una calle!

Man. Cómo es eso? A doña Lorenza Martinez? A la viuda de un honrado asentista, de un hombre que ganó ocho millones en el servicio de S. M.! ¡Qué escándalo! Quién ha sido el insolente?

Lor. Una Condesa de no sé cuantos, que para adelantar su coche, ha hecho retroceder mi berlina mas de veinte pasos.

Man. Miren qué impertinencia! Pues qué! vuestro lujo, vuestra berlina de última moda, vuestros caballos tordos con cabos negros, vuestro robusto cochero, y vuestro acicalado volante, no han causado respeto á esa condesa?

Lor. Nada de eso. Desde el fondo de un coche caduco y derrengado, tirado por dos mulas tísicas, esa misma condesa ha mandado á sus despilfarrados lacayos que me insulten.

Man. Por vida de sanes! ¡Qué no hubiera yo estado allí! Bribones! Yo les aseguro...

Lor. Traté de darme el tono correspondiente á mi tren; pero ella, con un ¡apártese la plebeya! me dejó petrificada.

Man. Plebeya, plebeya! ¡Y os veia en una berlina que vale un dineral!

Lor. Te confieso que no tuve aliento para responder á una injuria tan mortal. Mandé retroceder al cochero, y me he retirado á casa volando.

Man. No puedo creer que el insulto sea dirigido á vuestra persona.

Lor. Pues á quién?

Man. A vuestro nombre. Por qué no tomais otro?

Lor. Ah! sí; bien determinada estoy. Maldita sea mi fortuna! ¿Por qué no habré nacido duquesa?

Man. Vamos, no hay que apurarse. Si no perteneceis á una familia distinguida, teneis la ventaja de ser muy rica, y no ignorais que con el dinero se adquiere la nobleza, al paso que no siempre á una cuna ilustre acompañan los bienes de fortuna.

Lor. Oh! pero un gran nombre, un título tiene muchos atractivos.

Man. Estariais fresca si os encontrarais como algunas señoras, que de todo carecen, y á pesar de su nobleza no son conocidas sino por la turba de acreedores que gruñen en sus puertas á todas horas.

Lor. Simple! Ese es el tono; eso es lo que distingue á muchas gentes.

Man. Pues si he de deciros la verdad, afrenta por afrenta, vale mas recibirla de una condesa que de un usurero. No se paga con nada el placer de ir una con su cara descubierta, sin temor de que los corchetes vengan á apoderarse del coche y de las mulas. ¿Qué diriais si os sucediera semejante lance, y tuvierais que volveros á casa *pedibus andando*, como ha sucedido á algunas?

LOR. ¡Ojalá me hubiera sucedido ese contratiempo, y fuera condesa!

MAN. Habeis perdido el juicio, señora?

LOR. Lo repito; ántes quisiera ser la condesa mas entrampada de la corte, que viuda del asentista mas poderoso de Europa. No hay remedio, cueste lo que cueste, es preciso que yo tenga tratamiento. Desde hoy quiero desentenderme para siempre de la morralla que me rodea. El primero que despida ha de ser don Meliton.

MAN. D. Meliton? Qué decis? Vuestro cuñado?

LOR. Mi cuñado? Qué modo de hablar es ese?

MAN. Perdonad; yo creo que así se titula el hermano de vuestro difunto.

LOR. Bien; es hermano de mi marido; pero habiendo enviudado, ningun parentesco tengo ya con el tal don Meliton. Sin embargo, ese tiñoso áun me trata como cosa propia, y tiene la desfachatez de censurar todas mis acciones. ¿Querrás creer que me aconseja vivir en la oscuridad como su mujer, y se atreve á hacer comparaciones entre las dos? ¡Cuidado qué es hasta dónde puede llegar la bestialidad!

MAN. Teneis razon, y él no sabe lo que se pesca. ¡Hacer comparaciones entre doña Juana García, y doña Lorenza Martinez! Pues no faltaba mas! Al cabo; qué viene á ser ella sino la mujer del hermano de vuestro marido?

LOR. Toma! Pues tambien la hija se quiere dar importancia. Empeñada en hacer el mismo papel que yo! Y no es esto lo peor, sino que se atrae las miradas de todo el mundo con sus monerías, y nadie hace caso de mí cuando vamos juntas.

MAN. Qué mundo este! ¡Porque es jóven y bonita la prefieren á vos!

LOR. Si no trata de enmendarse, que no cuente mas conmigo.

MAN. Fácilmente lo conseguireis. Hasta ahora no habeis sido mas que tia; así que seais su suegra, tendreis mas autoridad sobre ella.

LOR. Cómo su suegra? Despues de lo que acaba de sucederme, quieres tú que guarde á don Antonio la palabra de casamiento que le dí?

MAN. Pues no se la habeis de guardar? ¿Qué tiene de comun vuestro lance de hoy con las dos bodas ya concertadas, de don Antonio Moratilla con vos, y de su hijo con Marianita vuestra sobrina?

LOR. ¡Pues iba yo á hacer un buen negocio casándome con un cualquiera! Para eso bien me hallo viuda de don Gaspar Alcobéndas.

MAN. Buena diferencia! Vuestro marido era un abastecedor, y el señor D. Antonio es abogado.

LOR. Para mí es igual, porque hace ocho dias que me he propuesto firmemente adquirir un título y de los más campanudos.

MAN. (Malo! D. Antonio ha perdido el pleito.)

LOR. Qué dices?

MAN. Digo que un título os vendria como de molde; pero que esto no os basta. Necesitais un marido, y debeis mirar bien á quién elegís.

LOR. Soy yo lerda? Ya tengo muerto por mí al caballero mas elegante de Madrid.

MAN. Y eso teniais callado?

LOR. El Marqués me habia encargado el secreto.

MAN. Quién? El Marqués del Plátano?

LOR. El mismo.

MAN. Calla! Y os casais con él?

LOR. Por supuesto.

MAN. Pero, señora, ¡si no tiene un ochavo de renta!

LOR. Yo tengo sobrado para los dos.

MAN. ¡Cómo se quedará D. Antonio cuando sepa vuestra determinacion!

LOR. No trato de comunicársela. Y para qué? Al instante iria á quejarse á D. Meliton, y el buen señor vendria, á título de pariente, á fastidiarme, como acostumbra, con sus amonestaciones. Hasta que se haya realizado, ninguno de los dos ha de saber mi proyecto.

MAN. Pero ántes de casaros con el Marqués, me parece puesto en el órden, deshaceros de D. Antonio del mejor modo posible.

LOR. De eso trato. Buscaré un pretexto para chocar con él.

MAN. Admirable idea! ¡Qué, si teneis un talento... Pero él entra.

ESCENA II.

Dichas, y D. ANTONIO.

ANT. Señora, mi visita os parecerá tal vez indiscreta; pero vengo en persona á daros respuesta del billete que me escribisteis ayer tarde.

LOR. Yo os he escrito?

ANT. Sí, señora. Cierta Baronesa que sigue un pleito en la sala de Alcaldes me presentó anoche una recomendacion de vuestra parte para que interceda por ella con uno de los jueces, que es primo mio.

LOR. Sí, ya me acuerdo; la Baronesa del Cierzo. Es una vieja impertinente que me ha estado fastidiando ocho dias seguidos para que os hablára en su favor, y os escribí sólo por librarme de sus importunidades.

ANT. Ya he visto la causa. La razon no está de parte de la Baronesa.

LOR. Pero yo la he recomendado, y basta. No procurareis que gane el pleito?

ANT. Yo, señora! Eso no depende de mí, ni de mi primo. Solo la justicia...

LOR. La justicia! Buena salida es esa! Pues si la justicia estuviera de su parte, ¿qué favor me hariais en mirar por la Baronesa?

ANT. Pero, señora...

LOR. Pero, señor... Yo no quiero que digan las gentes que una recomendacion como la mia no ha servido de nada; y no soy tan fea, me parece, para que se me niegue el poder de interesar á una persona en los asuntos de mis recomendados.

ANT. En verdad, no sé por qué quereis comprometerme á proteger una mala causa, á costa de mi reputacion.

LOR. En verdad no sé qué razon puede obligaros á rehusar vuestros beneficios, sea ó no justa la causa, á una persona en cuyo favor me empeño.

ANT. Os digo sériamente...

LOR. Basta ya de contestaciones... Me parece que ya podeis haberme entendido. Tomad ahora vuestras medidas. Manuela, si viene aquel sujeto, en casa de Emilia estaré: que me llamen al instante. Os beso la mano.

ESCENA III.

MANUELA *y* D. ANTONIO.

ANT. Manuela!...

MAN. Señor D. Antonio!...

ANT. Qué quiere decir esto? ¿Cómo está tu ama tan séria conmigo?

MAN. Por lo visto, no estais muy contento del modo con que os ha recibido.

ANT. Crees tú que debo estarlo?

MAN. Me parece que no.

ANT. Pero cómo debo interpretar su enojo?

MAN. Poco tiene eso que discurrir.

ANT. Por más que cavilo, no lo entiendo.

MAN. Amais á doña Lorenza, y hasta hoy os habeis creido amado; no es eso?

ANT. Podia presumirlo sin temeridad estando tan próximo nuestro enlace; pero te confieso que su lenguaje y ese modo de despedirse tan brusco me han sorprendido en extremo.

MAN. Tendriais motivo para sorprenderos, si no la conocieseis; pero me parece que no se os debe ocultar su designio.

ANT. A no ser por el respeto que me merece, diria...

MAN. Dejáos de respetos, y decid francamente que os parece algo casquivana; no temais que Manuela os desmienta.

ANT. Supuesto que me hablas con esa claridad, te confieso que siempre he tenido miedo al carácter de doña Lorenza, y que á no ser por los intereses de mi hijo, jámas hubiera pensado en casarme con ella. D. Meliton, como tú sabes, teme que su cuñada disipe los grandes bienes que la dejó su marido, y por asegurarse la herencia consiente en unir á Marianita con mi hijo, bajo la condicion de que yo sea esposo de doña Lorenza.

MAN. Y teneis la complacencia de suscribir á esa condicion?

ANT. Asi aseguro mas de quince mil ducados de renta á mi familia.

MAN. Bueno; y os resignais á pasar rabiando el resto de vuestra vida.

ANT. No rabiaré tanto como tú piensas. Gracias á Dios mi profesion y mi carácter son muy á propósito para hacer entrar por vereda á una mujer.

MAN. Pues empezad desde ahora, porque os advierto que si esperais á ser su marido para corregirla, estais expuesto á verla morir con sus locuras.

ANT. Qué me dices?

MAN. Señor D. Antonio, me siento inclinada á mirar por vuestro bien. No dudo que vuestro hijo, que es un jóven honrado y de talento, sabrá hacer mejor uso de esa renta, objeto de vuestros desvelos, que el pájaro á quien doña Lorenza la destina.

ANT. Explícame ese enigma. ¿Ha mudado de pensamiento tu señora?

MAN. Ha dado en la manía de titular. ¡Y para conseguirlo, pretende ser esposa del Marqués del Plátano!

ANT. Eso no puede ser.

MAN. Descuidáos un poco, y veréis si puede ser ó no.

ANT. El Marqués del Plátano! Tú te burlas. Quién se ha de casar con ese hombre? ¡Un aventurero, un extravagante, que no tiene cien doblones de renta, que no es conocido en la corte, y cuyo mérito consiste en vestir por figurin y en estar suscrito á las Veladas de Terpsícore!

MAN. Pues ese es el mérito de muchos caballeretes del dia.

ANT. No puedo creer lo que me dices.

MAN. No lo creais; pero por si acaso, bueno será que se lo advirtais á D. Meliton y tomeis vuestras medidas como si efectivamente lo creyerais. El tiempo os convencerá.—Oh! ya está aquí nuestro elegante. Id, no perdais tiempo, y creed que de algo os servirá el tenerme de vuestra parte.

ANT. Qué cabeza tienen algunas mujeres!

ESCENA IV.

MANUELA *y* EL MARQUÉS.

MARQ. Buenos dias, Manolita: Ah! estás de conquista? Hoy te veo mas petimetra que otros dias, y siempre hermosísima.

MAN. Mi señora doña Lorenza os ha esperado mucho tiempo.

MARQ. Eres una de las muchachas más lindas que yo conozco. Oyes! ¿quién te viste? Quiero poner en crédito á tu modista... No he visto un *negligé* mas gracioso. ¡Pues no digo nada del peynado! Vamos, estás hecha un brazo de mar.

MAN. Permitidme avisar á mi señora que estais aquí. Ha ido á hacer una visita de confianza muy cerca de casa.

MARQ. Espera. Por un momento mas ó menos...

MAN. Perdonadme, no puedo retardaros el placer de verla. Ahí teneis á Crispin: sin duda quiere hablaros...

ESCENA V.

EL MARQUÉS *y* CRISPIN.

CRIS. Os he buscado por todo Madrid para deciros que la Baronesa...

MARQ. ¡Chit... calla. No ves dónde estamos?

CRIS. Sí, señor; pero la Baronesa...

MARQ. Canalla! ¿No te he dicho que cuando esté en casa de una mujer, no me vengas á hablar de otra?

CRIS. Es verdad, señor; pero vuestra Baronesa...

MARQ. Calla con doscientos diablos, y no me trastornes el mejor de mis planes.

CRIS. Hola, hola! Tratais de casaros con la señora de esta casa? La amais?

MARQ. Amarla yo? Pobre tonto!

CRIS. Pues qué plan es ese?

MARQ. Será mia, si quiero; pero la aborrezco como á la peste, y no será ella con quien me case.

CRIS. No? El diablo me lleve si os entiendo.

MARQ. De quien estoy enamorado yo, es de los quince mil ducados de renta que tiene.

CRIS. Es decir que no os casaréis con ella, si no con los quince mil ducados.

MARQ. En caso de entregar mi corazon á alguna, no sería á doña Lorenza. Aunque estuviese loco!

CRIS. Oh! pues mucho ménos á la rancia Baronesa; porque hace un año que le estais dando palabra de casamiento á todas horas, y nunca llega el dia de cumplirla.

MARQ. Si la Baronesa hubiera ganado sus pleitos, la preferiria á doña Lorenza, porque á pesar de que la lleva veinte años de edad, vendria á tener yo entónces ocho ó diez mil ducados más de renta.

CRIS. Bravo! Es decir, que si encontrárais otra mas rica que las dos, os decidiriais por la tercera.

MARQ. Pienso entretener á todas las que se me presenten miéntras pueda, y al fin me determinaré por la que mas me convenga.

CRIS. Bien; con eso me acomodaré yo con una de las que dejeis, porque, aquí para entre los dos, yo tengo tambien mi poquito de ambicion, y no me contento con una criaduela. Asi como vos no amais sino vuestros intereses ..

MARQ. No soy tan insensible como piensas. Estoy haciendo el amor á una triguenita, ojos negros, bonita si las hay, que apénas tendrá diez y seis años; y si fuera tan rica como dice, no vacilaria en sacrificar á ella las demas.

CRIS. Trigueñita, ojos negros, diez y seis años... Cómo se llama?

MARQ. Aun no he podido saber su nombre.

CRIS. Ya decia yo; porque con esas señas no existe ninguna en mi registro.

MARQ. No hace mas que cuatro dias que la veo por las tardes en la plazuela del Ángel. Por precaucion no le he dicho mi nombre, y en su concepto paso por el Conde de Pasta-Flora. Oh! esta conquista no me será tan fácil como las otras. Sin embargo, la muchacha me quiere.

CRIS. En cuatro dias! ¡Y áun os parece difícil la conquista!

MARQ. Me ha dicho que su padre es muy raro: sale por las tardes con pretexto de ver á cierta tia suya, acompañada de una criada de su confianza, y me ha asegurado que sólo así puede verme.

CRIS. Diez y seis años! Ya tiene edad para mentir.

MARQ. Qué gracia de muchacha! ¡Qué viveza! Qué candor! ¡Si digo que es una alhaja!

CRIS. Será cosa de que os atrape?

MARQ. No hablemos de ella, Crispin, no hablemos de ella; tengo grandes proyectos de fortuna, y si pienso mucho en esa niña, estoy expuesto á que el amor los destruya todos.

CRIS. Decis bien.

MARQ. Pensemos en lo sólido.

CRIS. Pues, señor, bien pensado, debeis decidiros por doña Lorenza. Voy á despedir á la Baronesa, y le devolveré sus regalos.

MARQ. Cómo! Qué es eso de regalos?

CRIS. De eso venía á hablaros; pero como me habeis mandado callar... En casa os espera con ellos. Voy corriendo á decirle que no necesitais...

MARQ. Aguarda, aguarda.. Qué es lo que me regala?

CRIS. Friolera! Una magnífica carretela con dos soberbios normandos.

MARQ. Pobre mujer! Me ama tanto! No es cosa de hacerle un desaire.

CRIS. Ya, pero doña Lorenza...,

MARQ. Es bonita la carretela?

CRIS. Primorosa.

MARQ. Pobre Baronesa! Y los caballos?

CRIS. Como elefantes! Se conoce que no les han escaseado el pienso. Algo mas les reluce el pelo que á los vuestros.

MARQ. Qué buena señora! Corre, dale las gracias de mi parte, y dile que tendré el honor de verla esta tarde.

CRIS. Apuesto á que se vuelve con el regalo, si no vais en persona á recibirlo. Y ha de ser pronto, porque está de prisa. Segun tengo entendido, mañana se sentencia uno de sus pleitos.

MARQ. No le hace; dile que la veré hoy sin falta.

CRIS. Cien veces habeis faltado con ella á vuestra palabra. Quereis que fie en la mia?

MARQ. Doña Lorenza viene. Corre: haz lo que te digo. Yo iré...

CRIS. Si; ya lo creo que ireis. Los normandos os llamarán... Yo no me atrevo...

ESCENA VI.

Dichos, DOÑA LORENZA *y* MANUELA.

LOR. Os he hecho esperar, señor Marqués; pero debeis agradecérmelo. Como no pienso recibir mas visitas que las vuestras, he querido sustraerme á las importunidades de ciertas gentes que se creen con derecho de hablarme á todas horas, ya que mis criados no se atreven á darles cara de palo, aunque se lo he mandado cincuenta veces.

MARQ. La dicha de veros un momento, compensa bastante el pesar de haberos esperado.

LOR. (Qué fino es! ¡Con qué gracia dice las cosas!) Manuela me ha hecho presente vuestra atencion. No queriais que me fuera á buscar, sin duda por temor de incomodarme.

MARQ. Temia disgustar á las personas en cuya sociedad os encontrabais.

LOR. Eran mujeres todas. No teneis rivales que temer.

CRIS. (*Al Marqués aparte.*) La carretela se estará fastidiando en la cochera...

MAR. Calla.

LOR. Qué dice Crispin?

CRIS. Nada, señora.

LOR. Pasemos al gabinete; allí estaremos mejor.

CRIS. (*Como antes.*) Los caballos estarán impacientes.

MARQ. No callarás?

LOR. Vamos, vamos al gabinete.

CRIS. A Dios, carretela!

LOR. De qué carretela se trata?

MARQ. Yo no sé que está ahí diciendo entre dientes de caballos, de carretela... ¿Hablas de la nueva?

CRIS. Pues, de la nueva.

MARQ. Me han traido aquellos dos potros?

CRIS. Pues; y están desesperados porque no vais á verlos.

MARQ. Con vuestro permiso, señora. Me han enviado de Lóndres una carretela de última moda, con el objeto de que la estrenemos juntos. Estoy impaciente por ver si podrá ser de vuestro gusto.

LOR. Iremos juntos á verla. Una vez que la habeis comprado con ese fin, seré la primera en dar mi voto.

MARQ. Eh, señora! Reflexionad...

LOR. Qué hé de reflexionar?

MARQ. Eso daria que decir á los murmuradores, y bastaria á descubrir lo que tenemos interés en ocultar. Sería una desesperacion para mí si diésemos lugar á que vuestra familia y la mia nos censurasen.

CRIS. Ah señora! Vais á llenaros de pulgas; ¡y enfrente de la cochera uno de los cafés más concurridos! Bueno es excusar que los ociosos hagan calendarios.

MARQ. Creedme, por cosa tan pequeña no os expongais á que os critiquen. A Dios, señora. Vengo al instante, si me lo permitis.

LOR. Id con Dios; me habeis convencido. Hablad de camino con vuestro escribano, para aquel asunto y no tardeis en volver.

ESCENA VII.

DOÑA LORENZA *y* MANUELA.

MAN. Se porta el señor Marqués! Despues que habeis plantado por él á vuestras amigas, os sacrifica á la impaciencia de ver su carretela.

LOR. Qué tonta eres! ¿No la ha comprado para darme gusto? Pues debo agradecérselo. Apuesto á que ha mandado ya poner en ella su cifra enlazada con la mia.

MAN. Puede ser; pero temo que ese señor os dé mucho que sentir. El que ahora os deja tan bruscamente para ver un carruaje, no extrañaré que si llega á ser vuestro marido, se levante á las cuatro de la mañana para dar los buenos dias á los caballos.

Lor. Eh! no sabes lo que te dices.
Man. Al tiempo me remito.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA

D. Meliton, *y* Manuela.

Man. Hacedme siquiera el favor de decir á la señora que habeis entrado contra mi voluntad para que no me riña, porque no quiere recibir á nadie.
Mel. No temas: yo le calentaré las orejas en términos que no le quedará gana de regañar en ocho dias. Loca! ¡Meterse en semejante berengenal! Pues si la cosa sigue adelante, no le arriendo la ganancia.
Man. De qué berengenal estais hablando?
Mel. No te ha dicho nada de la reyerta que ha tenido con una señora de distincion?
Man. Ya sabeis esa aventura?
Mel. Al cuarto de hora la supe; y acababan de contármela cuando don Antonio vino á decirme que tu ama piensa dar la mano al Marqués de no sé cómo..., del Plátano.
Man. Hablemos claro; teneis una cuñada incorregible: dificulto mucho que saqueis partido de ella.
Mel. Quemaria yo mis libros!
Man. Sobre todo, firmeza; sostened con ella tono de autoridad. Es cierto que os desprecia cuando no os vé; pero cara á cara os teme.
Mel. Confia en mí; yo le pondré las peras á cuarto.
Man. Aqui la teneis.

ESCENA II.

Dichos y Doña Lorenza.

Man. El señor se ha obstinado en veros á mi pesar.
Lor. Cuál es vuestro designio, don Meliton? Me hubierais hecho un obsequio en excusarme por hoy vuestra visita; pero una vez que os habeis empeñado en favorecerme, acabemos. Qué quereis?
Mel. Qué extraño tono es ese, señora cuñada? Voy viendo que os quereis encumbrar mas de lo que os corresponde. Y prescindiendo ahora de mis derechos, temo que os arrepintais algun dia de vuestras extravagancias.
Lor. Una silla, Manuela; porque el señor tiene trazas de adormecerme con sus reflexiones.
Mel. Al contrario, si aun teneis algun juicio, lo que os voy á decir os despertará terriblemente.
Lor. Haced por abreviar el sermon.
Mel. Si os aprovecháraiais de mis sermones, no os vierais cada dia en nuevos lances, que al fin causarán vuestra perdicion.
Lor. Mucho os interesais en mi conducta.
Mel. Y quién se interesará si yo no lo hago? Sois tia de mi hija, sois viuda de mi hermano Gaspar, y no quiero que digan por ahí que la viuda de mi hermano, y la tia de mi hija, es una loca de atar.
Lor. Qué es eso de loca? Hablad con mas respeto, si no quereis que os destierre para siempre de mi casa. Ya estoy harta de oir sandeces.
Mel. Señora cuñada, mas os valdria desterrar ese aire de grandeza; esas maneras ridículas, siquiera para no recibir bochornos semejantes al de hoy.
Lor. Haceis muy mal en echarme en cara una desazon, que no puedo atribuir sino á la desgracia de ser cuñada vuestra; pero tened entendido, que no lo soy desde que enviudé; y fijaré un cartel en mi puerta que lo diga asi. Una vez que mi boato no basta á lavar la mancha de haber sido mujer de un hombre oscuro, yo estoy decidida...
Mel. A muchísima honra debiais tener, voto á brios! el haberos unido á la familia de los Alcobéndas. A no ser por la economía y la industria del que está pudriendo tierra, no os viérais en disposicion de daros ahora tan ridícula importancia.
Lor. Animo, D. Meliton! Bien haceis en echar el resto.
Mel. Bien podiais contentaros con una tartana para ir á los novillos de Torrejon y no pasear por las calles esa berlina suntuosa, que obliga á las gentes á averiguar quién sois; esos caballos fogosos que van salpicando á los pobres que van á pié, y en fin, todo ese aparato que os atrae el desprecio de la nobleza, la envidia de vuestros iguales y las maldiciones de la canalla. (*Doña Lorenza tose, escupe y se suena.*)
Man. Por Dios, señor D. Meliton! ¿Qué teneis, señora?
Lor. Estoy tomando aliento: el señor parece que está despacio.
Mel. Renunciad con mil de á caballo á ese lujo chocante, y no seais la fábula de Madrid.
Lor. Acabemos, D. Meliton. Cada uno vive como le parece. Soy viuda, gracias á Dios, y de nadie dependo sino de mi misma. Aquí venis á predicarme como si tuvierais alguna autoridad sobre mi, y eso solo á mi marido se lo sufriera yo.
Mel. Cuando D. Antonio lo sea, os aconsejará lo que os convenga. Lo digo, porque no creo que falteis á vuestra palabra, y supuesto que sois tan amiga de lucirlo, vuestra union con un hombre de carrera, hará vuestro lujo más disculpable.
Lor. Cuando D. Antonio sea mi marido, tomaré sus lecciones, si él no toma las vuestras. D. Antonio se acomodará á mi humor, ó yo me sujetaré al suyo. Hemos acabado. ¿Os retirais, ó me retiro yo?
Mel. No, no quiero incomodaros, ni me mezclaré mas en vuestros asuntos; pero encárguese de ellos un hombre sensato, y conclúyase en toda esta semana el doble matrimonio que hemos resuelto.

ESCENA III.

Doña Lorenza, *y* Manuela.

Man. Qué hombre tan plomo! Miren si pudiera haber dicho eso desde el principio! Qué necesidad tenia de tantos preámbulos para hablar del asunto de D. Antonio? Si se hubiera explicado asi desde que entró, le hubierais dicho que sí, y estábamos del otro lado.
Lor. Nada! Si el asunto es hacerme rabiar! Lo ha tomado por gracia.
Man. Qué tabardillo!
Lor. Le aborrezco! ¡Qué placer tendria en que le sucediese algun contratiempo que le desesperase!
Man. A bien que pronto seréis suegra política de su hija, y tendréis muchas ocasiones de hacerle rabiar.
Lor. Yo suegra de su hija? ¿No te comuniqué poco hace mi proyecto con el Marqués?
Man. Perdonad, no me acordaba. Creí que habiais mudado de parecer por lo que acabais de decir á don Meliton.
Lor. Mentecata! Para pasado mañana hubiera prometido á D. Meliton cuanto él hubiera querido.
Man. De véras, señora?
Lor. Sí, de véras; porque mañana no estaré ya en estado de cumplir mi palabra.

Man. Eso se llama entenderlo.
Lor. Ya hemos tomado el Marqués y yo las medidas necesarias para casarnos á la madrugada.
Man. D. Antonio se vá á colgar... Hola! aqui teneis á vuestra sobrinita.
Lor. Siempre me he de ver sitiada por el padre ó por la hija! Por qué no vendrá la madre tambien?

ESCENA IV.

Dichas, y Mariana.

Mar. Tia, he estado esperando con impaciencia á que saliera mi padre para deciros una novedad que os convencerá de que soy tan favorable á vuestras miras, como contrario mi padre.
Lor. Tan poco me importa lo uno como lo otro.
Mar. Oh! pues yo creo que no os pesará de saber lo que han dicho á mi padre.
Lor. Qué han podido decirle?
Mar. Que os quereis casar con un Marqués, y trata de estorbarlo por cuantos medios estén á su alcance.
Lor. Quién se lo habrá dicho, Manuela?
Man. No sé. El Marqués lo habrá publicado en el café.
Lor. Cómo es posible?
Man. Hay señoritos capaces de eso, y mucho más.
Lor. El que haya ido con ese chisme á vuestro padre, es un bestia, y vuestro padre tambien.
Mar. Ay tia! Tengo un deseo furioso de que seais señora de distincion.
Lor. Pronto tendréis ese placer. Y os aconsejo que principieis desde ahora á tratarme como corresponde.
Mar. Y cómo quereis que os trate, tia?
Lor. Olvidad sobre todo ese nombre de *tia*, y decidme siempre *señora*, ó no vengais á verme.
Mar. Pero *tia*, si sois mi *tia*, como os he de llamar sino *tia*?
Lor. Siendo yo una señora de *calidad* y no siéndolo vos, no podré ser *tia* vuestra sin degradarme.
Mar. No os apureis por eso. Yo tambien seré muy pronto señora de *calidad*.
Lor. Qué decis?
Mar. Cuando yo quiera, puedo ser por lo ménos tan gran señora como vos.
Lor. Cómo es eso?
Mar. Vaya! Conozco á un señor Conde, muy buen mozo, á quien he visto varias veces al pasar por la Plazuela del Angel, y estoy segura de que se casará conmigo.
Lor. (*riéndose.*) Ja, ja, ja! de véras? Me haceis reir.
Mar. No hay motivo para que os riais... Es muy rico y muy distinguido, porque asi me lo ha dicho.
Lor. Mucho me alegro, Marianita, de que á pesar de la mala educacion que os ha dado vuestro padre, alimenteis sentimientos propios del honor que os hago en dignarme de ser vuestra parienta. Mirad si os ha sido útil mi trato. Debeis estarme muy agradecida.
Mar. Aun quisiera estarlo más.
Lor. En qué os puedo complacer?
Mar. En casaros cuanto ántes con ese caballero á quien amais. Asi estaré yo autorizada para casarme tambien con el que amo; y si mi padre me regaña, podré responderle, mi tia me ha dado el ejemplo.
Lor. Teneis razon.
Mar. Pero es preciso no perder un momento, porque la cosa urge; mi amante no me dejará vivir hasta que sea suya.
Lor. Supuesto que te hallas con tan buenas disposiciones, voy á hacerte una confianza, querida sobrina. Mañana me caso á las cinco de la madrugada.
Mar. A las cinco?
Lor. Si, á las cinco. Si te alienta mi ejemplo, aprovéchate del aviso.
Mar. Voy á escribir á mi Conde, diciéndole que lo tenga todo preparado para desposarnos tambien nosotros antes que salga el sol. Hasta despues, tia.
Lor. Adios, sobrina.

ESCENA V.

Doña Lorenza, *y* Manuela.

Lor. Ahora sí que me voy á vengar de D. Meliton. Su hija está encaprichada por un Conde: el Conde la ha dado palabra de casamiento, y la chica rabia por verla cumplida. ¡Qué no se murieran el padre y la madre de pesadumbre! Asi nos veríamos desembarazados de dos entes empalagosos.
Man. Pero, señora, ¿os prestaréis á los designios de vuestra sobrina?
Lor. Si por cierto. No quiero perder tan buena ocasion de mortificar á ese hombre.
Man. Alabo la caridad!

ESCENA VI.

Dichas y el Marques.

Marq. No direis que he tardado.
Lor. Por corta que haya sido vuestra ausencia, siempre son para mi muy penosos los momentos en que no os veo, y mi impaciencia...
Marq. Juzgad de la mia por la vuestra; hacedme la justicia de creer que no vivo sino á vuestro lado.
Lor. Os estoy muy obligada.
Man. (Que no viniera alguno á interrumpirlos!)
Lor. Manuela, si viene algun impertinente, dirás que no estoy en casa: entiendes?
Man. Está bien. (Si no viene alguno, iré á buscarle yo misma.)

ESCENA VII.

Doña Lorenza, *y el* Marqués.

Lor. Estais contento con vuestra carretela?
Marq. En siendo de vuestro gusto, lo será del mio.
Lor. Si en eso consiste, desde ahora digo que es admirable. Habeis hecho pintar en ella vuestras armas?
Marq. Todavía...
Lor. Una cifra... Eh? Ya me entendeis.
Marq. No sé lo que el pintor habrá puesto.
Lor. Queriais sorprenderme! Yo os lo perdono.
Marq. Señora...
Lor. Bonita cifra debe de ser; la L, y la P, enlazadas, deben de hacer una vista muy agradable. Por supuesto la L dominará: no es verdad?
Marq. Os aseguro que...
Lor. Vamos, confesadlo. Ya no es tiempo de que haya misterios entre los dos.
Marq. (Esta es otra! Si hay alguna cifra en la carretela, será la de la Baronesa.)
Lor. Habeis visto al escribano?
Marq. No estaba en casa; le he dejado una esquela.

ESCENA VIII.

Dichos, la Baronesa *y* Manuela *deteniéndola.*

Man. Pero, señora...
Bar. Eres una bestia, hija mia. Tu ama está siempre en casa para mí.

Marq. (La Baronesa aquí! La he logrado! Cómo diablos saldré de este apuro?)

Man. Nos ha sido imposible detener á la señora. Ni el portero ni yo hemos podido hacerle creer que no estabais en casa.

Lor. Por qué me habeis negado? Con esta señora no hablan mis órdenes. Habeis de perdonar...

Bar. Ves como tengo yo razon para decir que eres una bestia? Calla! el Marqués.... Qué haceis aquí?

Marq. Y vos, señora, ¿por qué casualidad...

Lor. (*aparte á Manuela.*) El Marqués conoce á la Baronesa!

Bar. Venía á pediros nuevas recomendaciones para mi pleito; pero no esperaba encontrar aquí al Marqués. ¿Qué aires le traen por vuestra casa?

Lor. (Muy á pecho lo toma.) Señora, yo no sé...

Marq. Os ruego que mireis los intereses de mi señora la Baronesa del Cierzo, como los mios propios; este es el mayor obsequio que podeis hacerme.—Ya veis cómo me intereso por vos.

Lor. (Estoy como quien vé visiones.)

Bar. (Qué significa esto?)

Lor. Señora, no comprendo de qué procede vuestra curiosidad acerca del señor Marqués, ni por qué motivos...

Bar. Cómo por qué motivos?

Marq. (*Aparte alternativamente á la Baronesa y á Doña Lorenza como lo indica el diálogo.*) Eh, señora! Sed prudente.—Es una señora á quien debo muchas atenciones.—Es tia carnal mia, y me estima mucho mas de lo que yo merezco. Soy su heredero. No hableis de nuestra boda. No la consentiria.

Lor. Os suplico me perdoneis, señora.

Bar. No hay de qué; pero decidme, os ruego, qué comercio teneis con el señor?

Lor. Comercio, señora! ¡Qué es eso de comercio!

Marq. Cómo! ¿Ignorais que la casa de mi señora Doña Lorenza es el punto de reunion de la juventud mas brillante de Madrid? (*Aparte á la Baronesa donde lo indica el diálogo.*) Es una extravagante á quien se vé uno obligado á visitar por no singularizarse. Nada digais de nuestro proyecto.—¿Ignorais que su benevolencia para conmigo constituye todo mi mérito?—Es una habladora que se lo diria á todo el mundo. Y en fin, que su sociedad me llena de orgullo...—No os riais.—Y que mi mayor satisfaccion se cifra en complacerla?

Lor. Ese es todo nuestro comercio.

Bar. Perdonad; no ha sido mi ánimo ofenderos.

Marq. Oh señora! Dejáos de indagaciones, que á nada conducen. Si quereis ser amigas, me dareis mucho gusto. Vamos, la que mas me estime de las dos, sea la primera en abrazar á la otra. (*Las dos corren á abrazarse.*)

Bar. Soy vuestra servidora.

Lor. Yo lo soy vuestra.

Marq. Hablemos, hablemos ahora de vuestro pleito, señora Baronesa.

Lor. Antes de vuestra recomendacion, ya me habia yo interesado por la señora; pero dicen que no está la justicia de su parte.

Bar. Faltan á la verdad. Yo sostengo lo contrario. Preguntad al Marqués que está enterado de todo por ápices... Que os diga si yo...

Marq. Señora, teneis tantos pleitos entre manos, que no sé á punto fijo de cuál se trata ahora. Lo que puedo decir es, que todos ellos son tan claros como la luz del dia, y acompañados de tales circunstancias, qué, aunque no las tengo muy presentes, son sin contradiccion las mas legales del mundo.

Bar. Os hago juez á vos misma; prestadme atencion. Este es un pleito que se entabló ántes de la batalla de Pavía. El abuelo de mi tatarabuelo paterno se encontró en ella á la cabeza de un tercio, y murió en la toma de una bateria. Ah! si él viviera, os aseguro que no perderia yo el pleito. No es verdad, Marqués?

Marq. Oh! yo lo creo! ¡Era mucho hombre aquel!..

Bar. El asunto es que... (*viendo reir á Manuela.*) De qué te ries, niña? Señora, teneis una camarera muy chocante. No inclina la cabeza cuando hablo de mis ascendientes.

Man. Perdonad: no tengo el honor de conocerlos.

Bar. Si no mirára á tu señora...

Lor. Déjanos, Manuela. Volvamos á vuestro pleito, señora, y concluyamos.

ESCENA IX.

Dichos, menos Manuela.

Bar. He perdido el hilo. ¿Dónde estábamos, Marqués? Ah! ya me acuerdo. Este es el hecho. Yo tengo un molino de viento, y me prohiben hacerlo andar. Reclamo pues la pacífica posesion de mi finca: no tengo razon?

Lor. Pero ¿no estais ya disfrutando de ella?

Bar. La disfruto y no la disfruto. Vereis: hace cerca de trescientos años que mi parte contraria plantó á las inmediaciones de mi cortijo de Mártos, una alameda que al presente es todo el ornamento del mio.

Marq. (*Crispin asoma la cabeza y hace señas.*) (Crispin me hace señas. ¿Qué querrá decirme?)

Bar. Plantó, pues, la alameda maliciosamente para quitar con el tiempo las vistas á mi cortijo.

Lor. Creeis que lo hizo con malicia?

Bar. Claro está; y yo usando de represálias, he mandado reedificar un molino dentro de su posesion.

Cris. Tengo que hablaros. (*Al Marqués, cogiendo las vueltas á las Señoras y desapareciendo en seguida.*)

Bar. Y como el referido molino es mas antiguo que la susodicha alameda, y por otra parte la alameda... Atended bien á lo que os voy á decir.

Lor. Señora, yo no entiendo una palabra de pleitos ni de alamedas; pero si es necesario volveré á hablar á D. Antonio en vuestro favor.

Bar. Sí, sí, me hareis un gran servicio. Abajo está mi coche. Si os parece vamos las dos á su casa ahora mismo.

Lor. No puedo salir hoy absolutamente.

Bar. Mirad que mi pleito se sentencia mañana.

Marq. (Aprovechemos la ocasion.) Señora, os suplico que presenteis á la señora en casa de D. Antonio. (*En voz baja.*) Si no os la llevais, no nos desurdimos de ella en todo el dia.

Lor. Me esperais aquí?

Marq. Sí, señora.

Lor. Vamos, pues, señora, si eso quereis.

Bar. Marqués, ¿no venis con nosotras?

Marq. Dispensadme, os suplico. Yo no sé hablar de pleitos.

Lor. (*Aparte al Marqués.*) Esperadme en casa; cuidado!

Marq. No faltaré.

Lor. Venid, señora.

Bar. Ya os sigo.

ESCENA X.

El Marqués y Crispin.

Marq. Qué embajada será la de Crispin? Oigamos... Gracias á Dios que se fueron! (*Entra Crispin.*) ¡Ay Crispin, en qué compromiso me hé visto! Vamos, qué tienes que decirme con tanta priesa?

Cris. No lo sé.

Marq. Cómo que no lo sabes, galopin?

Cris. Poco á poco; no os desazoneis. Yo no lo sé, pero una carta que traigo os lo explicará.—Me han dicho que es urgente.

Marq. Vaya pues; despacha. Es esa?

Cris. No, señor.

Marq. Pues qué papel es ese?

Cris. La lista de vuestras novias que hicimos el otro dia entre Juanilla y yo, en la plazuela de Santa Ana.

Marq. Habrá mentecato! Ya puedes romperla.

Cris. Dios me libre; me veria perdido sin ella.

Marq. Vamos, dame la carta.

Cris. Tomadla.

Marq. Vamos.

Cris. No, no; estos son los versos que os hizo el otro dia aquel poeta ramplon, á quien disteis en recompensa la chaqueta gris que os sirvió cuatro años para cazar.

Marq. Me darás hoy la carta?

Cris. El poema del Reyno de la muerte. Esta si que es obra! No será rana el que la compuso. Daria por conocerle un dedo de la mano. Me muero por estas leyendas que pueden ir en carta. Vamos, si cosas como las que se escriben en el dia...

Marq. ¿Darás lugar á que te rompa la cabeza?

Cris. Como me estoy soltando á leer, recojo todos los papeluchos que encuentro por la calle.—Lista de los Lechuguinos... ¿Dónde estará esta carta? Ah! vamos, ya dí con ella. El sobre dice: Al conde de Pasta-Flora. Sin duda es de la trigueñita.

Marq. Leamos. «Habeis manifestado tanto deseo de »conocerme, que he resuelto satisfacer vuestra curio»sidad. Os espero en Santa Cruz á la una; tengo mil »cosas que deciros; no falteis: A Dios.»—La una menos cuarto. Voy volando.

Cris. Y doña Lorenza?

Marq. No importa. Antes que ella estaré de vuelta. Ah! por si acaso, bueno sera escribirle.—¿No tienes ahí los versos que envié á la Baronesa? (*al dárselos, se le cae otro papel sin notarlo.*)

Cris. Sí, aquí están.

Marq. Vengan; servirán para doña Lorenza.

Cris. No es nada lo que los haceis circular! Ya han servido para ocho personas diferentes.

Marq. Si hubiese uno de hacer versos nuevos para todas... (*saca un libro de memorias y copia los versos.*)

Cris. Tendriais que ir á cazar en levita.

Marq. Qué dices?

Cris. (*Manuela observa desde la puerta.*) Nada; Escribid. Si el poeta ha vendido sus versos tantas veces como vos los habeis empleado, á esta fecha ya los cantarán los ciegos.

Marq. Espera á doña Lorenza, y dale este libro de memorias.

Cris. Pero teneis confianza en él?

Marq. Qué quieres decir con eso?

Cris. ¡No haga el diablo que tengais escrita en él alguna cancion libertina..., algunas anécdotas poco decentes..., ó las señas de alguna casa sospechosa!...

Marq. Qué simple! ¡Si me le dió ayer la Baronesa!

Cris. No sería la primera vez que...—Manuela nos está escuchando.

Marq. Creí que se habia marchado con doña Lorenza. ¿Habrá oido lo que...

Cris. No sé, pero una vez que está aquí, ella puede encargarse de vuestra comision.

Marq. Si, mejor será.—Manuela, ven acá.

ESCENA XI.

Dichos y Manuela.

Marq. Ahora recuerdo que tengo que hacer una diligencia precisa, y no me puedo detener. Si viene tu ama ántes que yo, hazme el favor de darle este librito. (*Vase.*)

Man. Así lo haré.

Cris. No te canses en registrarle. Hace poco que le tiene mi amo, y todavía no ha escrito en él nada picante.

Man. Hijo mio, no soy curiosa, ni puede enseñarme ningun libro de memorias, mas de lo que ya sé.

ESCENA XII.

Manuela.

Man. Buenas cosas he oido! ¡Qué gana de reir le dará á doña Lorenza! Pero ¿qué papel es este? (*Le coje.*) Bueno! bueno! «Lista de las novias de mi amo con »sus nombres y circunstancias.»—¡Qué bien me viene para remarchar el clavo! Veamos si ahora se desengaña mi señora. Aprovechemos la ocasion. Apénas vuelva, le presento este regalo. Cómo me voy á divertir!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Antonio, y Manuela.

Man. No es Doña Lorenza sola la que está encaprichada: Mariana sigue el ejemplo de su tia; tambien la niña se quiere dar tono, y está tramando una boda de incógnito con cierto galan del mismo cuño que nuestro Marqués. Está loca por él.

Ant. Cáspita! Mal debe de estar con su reposo el que trate de casarse con la tia ni con la sobrina.

Man. Si, pero quince mil ducados anuales no son un grano de anís, y por tal de atraparlos se puede disimular alguna cosa.

Ant. Tienes razon. La pasion de Doña Lorenza en favor del Marqués, me dá un poco en que pensar, á causa de los quince mil ducados de renta.

Man. El asunto es curarla de esa pasion; que despues no será dificil volver á su gracia.

Ant. Es verdad; pero temo que á mi hijo no le sea tan fácil convertir á Mariana.

Man. No os inquieteis por eso. Asi que D. Meliton sepa la cosa, ya la hará entrar por el aro Todo se reduce á cortar los progresos de una intriga naciente; y como él ande listo, Marianita se casará con vuestro hijo.

Ant. Pero ¿y las consecuencias? Una muchacha que se casa contra su voluntad, es de mal preságio para su marido.

Man. No me toca disputar con vos sobre una materia que debeis entender mejor que yo. En todo caso, como buen padre de familia, vivireis alerta. Pense-

mos ahora en hacer caer de su asno á Doña Lorenza, que es lo principal. Está en mi mano el infundir á la viuda terribles sospechas contra el Marqués.—Chit!... Allí viene.—Retiraos un poco y os anunciaré.

ESCENA II.

Dichos y Doña Lorenza.

Lor. ¿Dónde está el Marqués, Manuela? Qué ha hecho durante mi ausencia? Qué te ha dicho?

Man. Así que salisteis de casa tomó las de Villadiego.

Lor. Cómo! Salgo de mi casa sólo por complacerle; promete esperarme; ¡y me dá chasco!...

Man. ¿Queréis que un señor como el Marqués del Plátano, se tome el trabajo de esperar á nadie? No, señora: eso es bueno para otras personas;—como el señor, por ejemplo, que desea hablaros, y se ha estado aquí como un santo esperando vuestra vuelta.

Lor. (Mas valiera que este se hubiera cansado de esperar, y no el otro.) Vengo de vuestra casa, D. Antonio, y no os he encontrado en ella; esto no está en el órden.

Ant. Os hubiera esperado, señora, si hubiera podido adivinar que os dignabais de favorecerme. He ido á casa de una Condesa...

Lor. Una Condesa! ¿Será cosa de iros á buscar á casa de una Condesa cuando se os necesite? Me parece que un hombre consagrado al público como vos, no debe estar sino en el tribunal, ó en su casa, ocupado en sus negocios ó en los de sus clientes.

Ant. No se limitan á eso nuestras ocupaciones. La amistad puede imponernos otros deberes, de que no sería justo desentendernos. Cierto aviso que me han dado sobre un asunto que os pertenece directamente, me obliga á procurar que se difiera por dos ó tres dias el fallo de ese pleito cuyo buen éxito me habeis recomendado.

Lor. Ese mismo objeto me há llevado á vuestra casa. Pero sepamos qué aviso es ese en que tanto os interesais.

Ant. Siendo cosa vuestra no puedo yo mirarla con indiferencia. Sé que habeis tenido un altercado con la Condesa de Malvavisco.

Lor. ¿Quién os ha contado esa historia? ¿Conoceis á la tal Condesa?

Ant. Sí, señora.

Lor. Esa Condesa es una grosera impertinente, y extraño mucho, que no contento con visitarla, me lo digais en mi propia cara.

Ant. Si la he visitado ha sido únicamente por vuestro bien. La conozco bastante; es colérica, se cree ofendida y pudiera causaros muchas mortificaciones.

Lor. ¿Qué estais diciendo? ¿A mí con amenazas? ¿Pues qué...

Ant. No hay cosa mas fácil que ridiculizar á las gentes; y aunque vos sola tuvierais la felicidad de estar á cubierto de la sátira, me atrevo á deciros que hay otras cosas aun mas terribles para vos.

Lor. Y cuáles son? Esplicaos.

Ant. Teneis un corazon excelente; sois la señora mas espléndida del universo, y esto os trae mil envidiosos. Sosteneis vuestra magnificencia con una fortuna considerable que no pueden perdonaros muchas personas. A fuerza de investigaciones no sería extraño que se os turbase en el pacífico goce de vuestros bienes; y esta clase de investigaciones son seguidas por lo comun de una ruina casi infalible.

Lor. Oh! en cuanto á eso, no temais. ¿Así se arruina á las gentes? No será tan fácil como haber hecho retrocede mi berlina.

Ant. Yo me he aprovechado del poco influjo que tengo con la Condesa para obligarla á callar.

Lor. Que hable, que hable! Yo no me morderé la lengua.

Ant. Lo creo; pero la suya corta como un hacha; cada palabra de la Condesa es un golpe mortal. La he visto resuelta á perderos. A mis ruegos ha ido cediendo poco á poco su encono; pero no he logrado mas que suspenderle. A vos os toca sofocarlo enteramente.

Lor. De qué modo?

Ant. Visitándola: consintiendo en darle una satisfaccion.

Lor. Yo visitarla! Yo darle una satisfaccion! Yo!...

Ant. A lo ménos haced que la hable otra persona que pueda persuadirla mejor que yo. El asunto es muy serio, señora.

Lor. Pero yo no conozco á ningun amigo de esa mujer; ni me hace falta conocerlo.

Ant. Si os pudierais proporcionar alguna recomendacion para cierto Marqués del Plátano...

Lor. El Marqués del Plátano decís?

Ant. Sí, señora. Ese hombre la maneja como quiere.

Lor. Está enamorado de ella?

Ant. No, señora: la Condesa es la que está enamorada del Marqués, y el Marqués se aviene á dejarse querer, porque le tiene cuenta.

Lor. (*En voz baja.*) Manuela, lo has oido?

Ant. Buscad quien hable á ese hombre. Será fácil que alguna de vuestras amigas lo sea suya. Segun dicen por ahí tiene mucho partido con el bello sexo.

Lor. Yo procuraré informarme.

Ant. Me han dicho que mantiene estrecha relacion con cinco ó seis mujeres, y áun añaden que á todas les ha dado palabra de casamiento.

Lor. (*como antes.*) Será cierto, Manuela?

Ant. Es un personaje muy singular el tal Marqués. Siempre lleva media docena al retortero y á todas les saca el jugo. Una provee su cochera; otra le proporciona dinero para el juego; otra le paga la cuenta del sastre; aquella su habitacion y sus muebles; y todas estas novias son como otras tantas fincas que le producen una renta pingüe y saneada.

Lor. Teneis razon: ese es un carácter muy particular; y me parece sumamente peligrosa la amistad de semejante hombre.

Ant. Sin embargo, él sólo podrá apaciguar á la Condesa, y excusarnos otros pasos más repugnantes. A Dios, señora. Os suplico no abandoneis este asunto, porque es de la mayor consecuencia.

ESCENA III.

Doña Lorenza *y* Manuela.

Man. Este D. Antonio mira siempre vuestros intereses con tanto celo como los suyos. Pobre señor! ¡Qué creido está en que vá á ser pronto vuestro marido!

Lor. ¿Será posible que el Marqués sea tan embrollon como me lo ha querido persuadir D. Antonio?

Man. Cómo embrollon? Eso no se llama embrollo, sino gentileza, galantería.

Lor. D. Antonio ignora que yo conozco al Marqués...

Man. Así parece.

Lor. Lo que me ha dicho es indigno, abominable.

Man. Si os hubiera creido del numero de sus amigas, no hubiera hablado tan libremente del Marqués.

LOR. Manuela, el Marqués me engaña. Lo has oido? De cinco ó seis se está burlando al mismo tiempo: yo soy sin duda una de las pacientes.

MAN. Tomad este librito de memorias que me encargó os entregára. No he querido dároslo delante de don Antonio.

LOR. Bien hecho. ¿Y qué quiere que haga yo de este librito?

MAN. Ha escrito en él no se qué... Serán tal vez las razones que le han impedido aguardaros.

LOR. Veamos.—Hola! versos?—Bien mirado, no es tan culpable el Marqués como se le supone. (*lee para si.*) (Ah! qué ternura! qué elegancia!...)

MAN. Con que son versos?

LOR. Los mas amorosos que se han escrito. Si su corazon los ha dictado, debo estar muy ufana. D. Antonio es muy maldiciente, y mi Marqués la suma bondad.

MAN. Quién lo duda?

LOR. Ha jurado que me ama un millon de veces.

MAN. Pues! Y cuando él lo ha jurado...

LOR. Qué papel es ese?

MAN. Uno que me he encontrado en el suelo. Sin duda se le ha caido á ese atolondrado de Crispin. No deja de tener algun chiste, y lo he guardado para que os divirtais con él ..

LOR. A ver qué dice?... «Lista de las novias de mi »amo, con sus nombres, habitaciones y circunstan- »cias.»—¿Crees tú que esto me puede divertir?

MAN. Si, señora; leedlo todo, y vereis cómo os bace gracia.

LOR. Maldito lo que me gusta el principio... «Doña »Zoila, Condesa de Malvavisco, la satírica.» Esta es la Condesa que tan mal rato me dió esta mañana. Bien decia D. Antonio! El Marqués es un malvado. Dame una silla.—No puedo más.

MAN. Señora, señora! No creia que os irritaseis por semejante friolera. No leais mas, supuesto que sois tan sensible.

LOR. No; quiero enterarme de todas sus intrigas para aborrecerle mortalmente.

MAN. Si ese es vuestro designio, continuad, y leeréis primores.

LOR. «La Marquesa fátua.»—Necia de mí, que le queria tanto!—«Brígida la coqueta. Dorotea la orgullosa. Isabel la mojigata.»—Este hombre es un mónstruo! «Doña Crisóstoma Alfonsa, Góngora y »Ochoa, Marquesa de la Bola, tan redonda como su »título.»—Qué horror! No quiero verle mas.

MAN. Pero, señora...

LOR. No, no; estoy resuelta.

MAN. Me parece que le oigo.

LOR. A dónde vás?

MAN. Voy á salirle al encuentro, y á despedirle de vuestra parte.

LOR. Déjale, déjale entrar. Quiero confundirle; quiero ver si aun tiene descaro para disculparse...

ESCENA IV.

Dichas, EL MARQUÉS *y* CRISPIN.

CRIS. Mirad que os espera la Baronesa.

MARQ. Tiempo hay para todo.—Oh! ya habeis vuelto, prenda amada. Mi corazon...

LOR. De dónde venis? ¿De visitar á la Marquesa fátua?

MARQ. Qué decis, señora?

LOR. Qué digo, preguntais, pérfido?

CRIS. (Tiró el diablo de la manta.)

MARQ. Como soy que no os entiendo.

CRIS. (Yo si.)

LOR. Crispin me entenderá mejor. Acércate, buena pesca, acércate.

CRIS. Hablais conmigo?

LOR. Sí, ven acá. Conoces este papel?

CRIS. Señora, voy á hacer una diligencia que me ha encargado mi amo; vuelvo al instante.

LOR. No, no; es preciso decirme ántes qué significa esto.

MARQ. Qué papel es ese?

LOR. Crispin os lo puede explicar mejor que yo.

CRIS. Señor...

MARQ. Quieres hablar de una vez, majadero?

CRIS. Esa es la lista de vuestras novias.

LOR. Ah traidor!

MARQ. Bribon! ¿Quién te ha mandado escribir ésas necedades?

CRIS. ¿No os he dicho que el otro dia la hicimos entre Juanilla y yo?

LOR. Qué Juanilla es esa?

CRIS. Es cierta modistilla que se ha retirado á cuarteles de invierno.

LOR. Qué oigo! Una perdida!...

CRIS. Cómo perdida? Juanilla es una muchacha de grande reputacion y linda en extremo. Mas de cuatro señoras de alto copete quisieran verse tan obsequiadas como ella. Para armar una intriga no hay otra. Y qué gracia la suya! ¡Qué habilidad para hacer comedias caseras! Qué bien baila la gabota! ¡Ya se vé, si ha asistido á todas las academias de Besuguillo!

MARQ. Qué estas ahi ensartando?

CRIS. En fin, Juanilla es conocida de mi amo, y ya que todo lo quereis saber, yo soy, como suele decirse, su adorado tormento. El otro dia nos dió la humorada de enjergar entre los dos esa lista forjando al efecto nombres y cualidades, que solo existen en nuestra imaginacion.

LOR. Muy bien; ya crees haber justificado completamente á tu amo.—El nombre de doña Zoila, Condesa del Malvavisco, ¿ha sido inventado por Crispin? Responded, señor Marqués.

MARQ. No, señora; la conozco mucho, y tal vez á todas las del catálogo. Más diré: tal vez se habrá dejado Crispin algunas en el tintero; pero no son novias mias; y una vez que ese pícaro se ha divertido á mi costa, y que esa lista os ha irritado tanto contra mí, quiero que él mismo me justifique.

CRIS. Yo, señor?

MARQ. Si, canalla. Tomáos la molestia de ir leyendo, y vos, seor pillo, explicad artículo por artículo, qué razones me obligan á visitar á esas señoras.

CRIS. Por cierto que me dais una brillante comision! ¡Cuánto mejor podriais explicar vos mismo...

MARQ. No, no; de tu cabeza de chorlito han salido esas tonterias, y es preciso que tu lengua las repare. Habla, gandul, ó te doy cien palos.

CRIS. Pero ¿qué demonios he de decir?

MARQ. Leed, leed mi señora doña Lorenza.

LOR. (*aparte con Manuela.*) Manuela, ¿quién le ha de culpar viéndole tan tranquilo?

MAN. Ahora creo yo mas que nunca que es un solemne bribon

MARQ. Vamos, preguntadle. ¿Qué os detiene?

LOR. El temor de convenceros de una nueva perfidia.

MARQ. Yo me expongo á todo, señora: nada temo.

LOR. Ah! por qué no sois inocente? Pero en vano de-

seo persuadírmelo. ¿Qué ibais á hacer en casa de esa Marquesa fátua?

MARQ. (*á Crispin*) Infórmala...

CRIS. Si no es á mí á quien pregunta!

MARQ. Responderás?

CRIS. Qué he de decir?

MARQ. Si no hablas...

CRIS. Esa Marquesa está demente y mi amo por una especie de simpatía... Qué diablo! Me hareis decir algun disparate, y luego os enfadareis conmigo.

LOR. La simpatía es particular. Y por qué visita á esa Isabel la mojigata? es tambien por simpatía?

CRIS. Qué disparate! Nunca vá á verla sino cuando se retira de la casa de juego, y siempre muy temprano por la mañana; pero sin mal fin...

MARQ. Estás loco?

CRIS. No me habeis mandado que hable? Pues ya os obedezco.

LOR. La hora es cómoda para visitas! ¿Y qué relaciones tiene con esa doña Crisóstoma Góngora y Ochoa?

CRIS. Oh! mi amo la visita por admiracion.

LOR. Cómo por admiracion?

CRIS. Sí, señora; en tiempo del Conde de Aranda pasaba de treinta años mi señora doña Crisóstoma, y ahora apénas tiene treinta y dos. Es una maravilla haber encontrado el secreto de envejecer con tanta lentitud.

LOR. Bien enseñado teneis á vuestro lacayo!

CRIS. Señora, os digo la verdad; yo no sé mentir, sino...

LOR. Concluyamos. Quiero juzgaros inocente, puesto que os esforzais á parecerlo, y creo que os perdonaría aunque realmente fuerais culpado.

MARQ. Nada de eso. Estoy muy léjos de querer abusar de vuestra indulgencia. Examinad escrupulosamente mi conducta y castigadme si soy criminal. Las apariencias están contra mí, os lo confieso. Hace dos meses que me desentiendo de todas las diversiones que se me proponen. No encuentro placer sino en veros, en amaros y jurároslo á todas horas. La ternura que me inspirais me hace superior á esa aversion al matrimonio tan general en los jóvenes de este siglo. Por vos he desertado de las mas brillantes tertulias, he renunciado á los favores de mis infinitas apasionadas, y quizá estoy causando la desesperacion de algunas. Soy un pérfido, teneis razon; pero vos, único objeto de mi perfidia, no teneis derecho para echármela en cara.

LOR. ¡Ah Marqués, qué solapado sois! Conozco que me engañais, y no puedo ménos de dejarme engañar.

MAN. (Semejante desfachatez no se ha visto jamás.)

ESCENA V.

Dichos y SIMON.

SIM. El señor D. Longínos Cáncer de la Langosta, escribano real, desea hablaros.

MARQ. Mejor será despedirle, si os parece. Le dejé recado de que viniera como habiamos acordado; pero ni uno ni otro tenemos ahora el espíritu bastante tranquilo para ocuparnos en un asunto tan sério.— Dile que yo me pasaré por su casa mañana por la mañana.

LOR. No, no; que éntre al momento. (*vase Simon.*) Quiero confundiros á fuerza de cariño; os creo ciegamente y me abandono á vuestra buena fé. No os tengo por tan vil que abuseis de mi credulidad.

ESCENA VI.

DOÑA LORENZA, EL MARQUÉS, MANUELA, *y* DON LONGINOS.

LOR. Acercáos, señor D. Longínos.

MARQ. No, no; retiráos y perdonad la molestia. Os cité esta mañana para un contrato matrimonial, pero dificulto mucho que la cosa se arregle. Esta señora ha mudado de parecer; en un instante me he convertido para ella en el mas depravado de los hombres, y sólo porque tengo fama de ser favorecido del bello sexo, le parezco indigno de su amor.

LON. Señora, ese modo de enjuiciar no tiene ejemplo.

LOR. Pasad á esa pieza, D. Longínos. El Señor Marqués se desenojará. Venid, señor quisquilloso, venid y vereis si os creo indigno de mi ternura.

MARQ. Señora, las particularidades de un contrato son tan repugnantes para un hombre de mi clase...

LOR. Pero es fuerza que le arreglemos entre los dos.

MARQ. Cabalmente eso es lo que yo quiero evitar. No es mi genio para esas pesadeces curialescas.. ¿Qué falta os hago yo? El señor sabe bien su obligacion. ¿Os he de decir que un jóven como yo, de la mas alta jerarquía, no se casa con la viuda de un asentista sin ventajas considerables; que todo el amor que os profeso no me pondria á cubierto de las reconvenciones que me esperan, y en fin, que para justificarme á los ojos de mis amigos, sería indispensable que comprasceis mi mano con todo vuestro caudal? No, señora: soy incapaz de decir esas cosas que tanto se oponen á mi caracter; primero muerto.

LON. Oh! este caballero es pundonoroso hasta no más. Dispensadle, señora, de una formalidad que le causaria rubor. Y vos, señor Marqués, descuidad; que la señora sabe lo que ha de hacer. Os ama, y esto basta; el amor dictará los artículos.

LOR. Ah señor D. Longínos! ¡Cuánto os agradezco que le hableis de ese modo!... Querido Marqués, si la absoluta donacion de todos mis bienes basta á probaros mi cariño, contad desde ahora con ella: y lo mismo haria si poseyese todas las riquezas del mundo.

LON. Esto es lo que se llama querer á un hombre.

MARQ. Pues bien, señor escribano; una vez que la señora se ha empeñado, entendeos con ella para extender el contrato como guste. Es una dama tan razonable, que no tendré dificultad en firmarle á ciegas.

LON. Cuando se ha visto un señor tan desinteresado?

LOR. Pero no seais así; dadme el gusto de acompañarnos.

MARQ. Dispensadme, señora. No quiero comprometeros en mi presencia á mas de lo que quisierais.

LON. Dice bien. Excusadle esa mortificacion. (*sale Simon.*)

SIM. La señorita vuestra sobrina quiere veros.

MARQ. Me retiraré.

LOR. Sí, mejor será. Tiene que hablarme de cierto asunto secreto, y en vuestra presencia no se atreveria. Pero volved cuanto ántes. Haré por despacharla luego.

MARQ Al momento me teneis aquí. (Vamos corriendo á casa de la Baronesa.) (*vase con Crispin.*)

LOR. Dónde está mi sobrina?

SIM. En el gabinete. Ha subido por la escalera secreta.

LOR. Que venga.

SIM. Ahí la teneis.

ESCENA VII.

D. Longínos, Doña Lorenza, Manuela, Mariana.

Mar. Tia, vengo á deciros... Quién es este señor?

Lor. Un honrado escribano que ha venido á extender mi contrato de matrimonio.

Mar. Ah! me alegro. Decidle que haga otro para mi. He visto al caballero de que os he hablado, y no podeis figuraros con qué alegria ha recibido mi proposicion. Es verdad que él todo se lo encuentra hecho, y su impaciencia no es menor que la mia.

Lor. Bueno: voy á despachar mi asunto con el señor y en seguida zanjaremos el tuyo.

ESCENA VIII.

Mariana y Manuela.

Man. (Yo haré por desbaratar uno y otro. Ya es tiempo de que reviente la mina: los momentos son preciosos.)

Mar. Me voy á casar, Manuela! Qué alegria!...

Man. Poco os durará si vuestro padre llega á saber...

Mar. Mi padre siempre me ha mandado complacer á mi tia, y no me puede reconvenir de haber aprovechado sus lecciones.

Man. Si os ha recomendado tanto que tuvierais contenta á vuestra tia, ha sido á fin de que se casase con don Antonio, y os hicieseis heredera suya. Pero dando la mano á un señor título, os dejará á la luna de Valencia.

Mar. Sí, pero casándome yo con otro señor de tantas campanillas como el suyo, para nada necesito la herencia.

Man. Bien puede descender vuestro novio del mismo Rey Vamba y no tener una peseta.

Mar. Eh! lo que ménos me importa son las riquezas. Con ser amada se colman mis deseos.

Man. Quién os lo asegura? Estos señoritos del dia suelen dar muchos perros.

Mar. Este no es como los otros. Me jura fidelidad con tanta expresion, es tan fino y tiene tanto talento, que si hay algun hombre honrado sobre la tierra, él lo es. Si vieras qué bonitos versos hace!...

Man. Oh! pues si hace versos, no hay que dudar; es imposible que os engañe.

Mar. Aquí tengo unos que ha improvisado para mi.

Man. Veamos.

ESCENA IX.

Dichos, La Baronesa.

Bar. El Marqués no ha parecido por mi casa. Puede ser que esté aquí otra vez y no me haria mucha gracia...

Man. Lo habeis perdido?

Mar. No, aquí está: toma... (*dá un papel á Manuela.*)

Bar. (Hola! Aquí está la maula de la camarera con una mocita á quien no conozco. ¿Qué traerán entre manos? Escuchemos.)

Man. (*lee.*) La beldad que robó mi albedrio
no es ingrata á mi extrema ternura.
¡Cuánta, oh cielo, será mi ventura
si es tan firme su amor como el mio!

Bar. Qué escucho? ¡Esos versos son los que ha hecho el Marqués para mí!...

Mar. Qué tal? ¿Dirás ahora...

Bar. Sois demasiado curiosas, hijas mias! Es una mala crianza el ponerse á leer papeles ajenos. Hacedme el favor de volverme mis versos. (*se los arrebata.*)

Mar. Señora, qué estais diciendo? Quién es esta loca, Manuela?

Bar. Habrá embeleco! Insolente!...

Man. (Si no me rio, reviento.)

Mar. Volvedme mi papel, y no os metais donde no os llaman.

Bar. Cómo que vuelva el papel? Me gusta la ocurrencia! ¿Conque quereis apropiaros los versos que se han hecho para mí?

Mar. Para vos? No digo que está loca? ¡Pues es cierto que estais en buena edad para que os escriban versos amorosos! Para mí sola se han compuesto, y ya podeis volvérmelos.

Bar. Muchacha, ¿quién es está muñeca extravagante?

Man. Señora Baronesa, usad de otras expresiones ménos ofensivas. Esta señorita es la sobrina de doña Lorenza.

Bar. Aunque fuera doña Lorenza misma, me pareceria una impertinencia ridícula el quererme usurpar unos versos que me pertenecen.

Man. Allá os compongais: mios no son.

Mar. Una señora sexagenaria! Qué verguenza!

Man. Señorita!...

Bar. Una mocosuela! Qué insolencia!

Man. Señora Baronesa...!

Mar. Vengan mis versos, y tengamos la fiesta en paz.

Bar. Calle la muy trasto, y no me exalte mas la bilis...

ESCENA X.

Dichas y Doña Lorenza.

Man. Venid á meter paz entre estas señoras que ya las veo dispuestas á arañarse.

Lor. Qué es esto, señora Baronesa? Por qué reñis con mi sobrina?

Ma. Tia, haced que me vuelva mis versos, porque si no, se arrepentirá de habérmelos quitado.

Bar. Castigad la insolencia de vuestra sobrina, ó la castigo yo.

Lor. Poco á poco, señora. Por qué es la disputa?

Mar. Estaba enseñando á Manuela estos versos que ha escrito para mí el sujeto que sabeis, y la señora se los ha arrancado de la mano sin mas ni mas, diciendo que son suyos.

Lor. Bien; pero tú eres una chiquilla y debias tener más moderacion, aunque la justicia esté de tu parté. Has hecho muy mal en armar ese alboroto.

Bar. No hay tal cosa. Quien tiene razon soy yo. Los versos son mios; se me han extraviado, no sé como, y vuestra sobrina, que sin duda se los ha encontrado, se los quiere atribuir.

Lor. Y cuando efectivamente sea como decis, ¿os parece decente á vuestra edad semejante altercado? ¿No debierais avergonzaros de escandalizar el barrio por unos malos versos?

Mar. Malos versos? Y son tan bonitos! Leedlos y conocereis que están escritos expresamente para mí.

Lor. Dádmelos, señora, y veamos.

Bar. Eso de darlos, de ningun modo. Para convenceros de qué tengo razon los diré de memoria.
«La beldad que robó mi albedrío
»no es ingrata á mi extrema ternura.
»¡Cuánta, oh cielo, será mi ventura
»si es tan firme su amor como el mio!»

Mar. Decidme ahora si esa caricatura puede robar á nadie su albedrío.

Lor. Y tienes tú valor de sostener que esos versos se han hecho para tí?

Mar. Sí, señora.

Bar. Celebro que os desengañeis de que vuestra sobrina es una embusterilla.

Lor. Me desengaño de que las tres somos muy tontas. Leed.

Bar. Calla! Este es el libro de memorias que regalé ayer al Marqués.

Lor. Manuela me lo ha entregado de su parte, con los mismos versos dirigidos á mí.

Man. (Vaya un cuadro!)

Mar. Yo no conozco á vuestro Marqués; pero he visto escribir los versos con mis propios ojos, y pronto os haré ver á las dos que tengo razon. Hasta luego. *(vase.)*

Bar. Ahora mismo voy á buscar á Plátano por todo Madrid, y os aseguro que yo le quitaré la máscara. *(vase.)*

ESCENA XI.

Doña Lorenza *y* **Manuela.**

Lor. Qué desgraciada soy, Manuela! Ese pérfido nos engaña á las dos, y sin duda él mismo trata de seducir á esa pobre muchacha.

Man. Capaz es de engañar á ciento sin escrúpulo; esa es su profesion.

Lor. Por fortuna áun no he firmado el contrato. Despide al Escribano. Voy volando á casa de D. Meliton á concluir mi boda con D. Antonio. Así rompo para siempre con ese malvado Marqués. Oyes! Dile al portero que no le deje entrar.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El **Marques,** *y* **Crispin.**

Cris. Nunca os ha sucedido semejante cosa. Aqui hay algun misterio que no penetro.

Marq. No me coje de sorpresa, Crispin.

Cris. No sé que motivo puede tener doña Lorenza para haber dado esa órden; pero lo cierto es que el portero por poco no nos dá con la mampara en los hocicos.

Marq. El portero es un borracho que no sabe lo que se hace.

Cris. Borracho ó no borracho, en buen castellano os ha dicho que no podiais entrar. Apuesto á que doña Lorenza ha sabido algo de vuestros caprichos.

Marq. Lo has adivinado.

Cris. No es menester ser muy astrólogo para eso. Siempre que os sucede algun contratiempo, se puede apostar cinco contra uno á que es la consecuencia de alguna trastada.

Marq. ¡Pícaro...

Cris. Eh! no os enfadeis y decidme lo que ha habido.

Marq. Los malditos versos de la Baronesa que copié para doña Lorenza han sido causa de todo.

Cris. Lo veis? Bien os lo decia yo. La Baronesa y doña Lorenza se han explicado, sin duda.

Marq. Aun falta lo mejor. Se ha hallado en la danza una tercera á quien han tratado de aturdida y de muñeca. Este es sin duda mi trapillo de la plaza del Angel.

Cris. Qué! Tambien ella tenia los mismos versos?

Marq. Ciertamente: hace quince dias que no me he servido de otros.

Cris. Pero, señor, ahora que nadie nos oye, ¿de quién habeis sabido esa aventura?

Marq. De la Baronesa misma, á quien he encontrado echando venablos contra mí.

Cris. Buen cuarto de hora habreis pasado! No os lo envidio, porque la tal Baronesa debe de ser una pantera.

Marq. No importa. Yo sé muy bien el modo de amansarla.

Cris. Ya conozco vuestra habilidad en esas materias.

Marq. Ella gritaba como un energúmeno. Yo he gritado treinta veces mas alto que ella, porque á veces conviene revestirse de carácter con las damas; y asi que se apaciguó su cólera, me justifiqué lo mejor que pude.

Cris. ¿Y ella ha tomado todo lo que le habeis dicho por dinero contante?

Marq. No por cierto: se ha enfadado como nunca; pero al fin he podido reducirla afectando un aire de desprecio que la ha picado hasta el alma.

Cris. Conque el desprecio ha dado lumbre?

Marq. Vaya si ha dado! Ahora somos mas amigos que nunca.

Cris. Pobre abuela! Pero ¿no temeis nada para cuando sepa vuestro casamiento con doña Lorenza?

Marq. Qué tengo de temer?

Cris. Qué sé yo? No las tengo todas conmigo. Ya sabeis que la Baronesa es mujer de armas tomar; y si la despreciais es capaz de asesinaros.

Marq. Trataremos de apaciguarla. Una vez que lo que ella quiere es un marido, para consolarla puedes casarte con ella si te acomoda.

Cris. Señor mio, á un lado bromas! Tal vez no perderia mucho en el cambio.

Marq. Asi lo creo; y si me saliera bien cierto plan que tengo en la cabeza te daria á escoger entre ella y doña Lorenza.

Cris. Doña Lorenza? Esto sí que es gracioso! ¿Asi disponeis de...

Marq. Ay Crispin! Yo creo que estoy enamorado, y me parecia imposible.

Cris. Enamorado! De quién?

Marq. De la niña que te he dicho.

Cris. Vaya, esa es grilla. Por qué venis entonces á esta casa?

Marq. No es tiempo aun de indisponerme con doña Lorenza, ni con la Baronesa. Para lograr mis fines, espero que una ú otra y tal vez las dos, me hagan un servicio importante.

Cris. Harán por vos cuanto querais.

Marq. Es que lo han de hacer sin pensarlo.

Cris. De qué manera?

Marq. La niña, por lo que he podido saber, es heredera de un gran capital, pero de oscuro nacimiento.

Cris. Ese no es inconveniente para vos. Siendo rica, os casariais con ella aunque fuera hija de Júdas Iscariote.

Marq. Muy léjos de reparar en eso, he resuelto sacarla de su casa. Despues de semejante campanada, su familia se holgará mucho de que me case con ella. Entre tanto me haré de pencas y no consentiré en la boda sino con grandes ventajas.

Cris. ¿Y para eso necesitais de la Baronesa y de doña Lorenza?

Marq. Ya sabes que en el dia estoy sin un cuarto. Quiero que mis dos futuras faciliten mi conquista dándome á porfía el dinero que necesito.

CRIS. Digo! El niño no es rana ya sabe la aguja de marear.—Doña Lorenza viene.

MARQ. Silencio! Verás por qué estilo logro reconciliarme con esta.—Ja, ja, ja, ay! ja, ja... Me duelen las tripas; no puedo mas.

ESCENA II.

Dichos, DOÑA LORENZA *y* MANUELA.

LOR. Parece que estais de buen humor.

MARQ. Perdonad, señora; no puedo olvidar un lance que acaban de contarme, el mas gracioso del mundo: Ja, ja, ja...

CRIS. Ji, ji, ji... vaya que ocurrencia como ella!... (¿Qué diablos de invencion será la suya?)

MARQ. Os acordais de aquellos versos que os di?

LOR. Mucho que me acuerdo; y vos tambien os acordaréis por vida de quien soy.

MARQ. Vaya si me acordaré! Como que han sido causa de un accidente que por poco me hace morir de risa. Que escena tan divertida!

LOR. Divertida? Por qué la llamais divertida?

MAN. (Otro embrollo tenemos.)

MARQ. Apuesto á que vos misma os tendereis de risa... El caso es que cuatro ó cinco mentecatos se han atribuido la composicion de aquellos versos. Como sé que os han gustado, me han parecido regulares, y no he podido ménos de recitárselos á algunos amigos. Perdonad, señora: esta es una debilidad bastante comun en personas que tienen un poco de númen. Los han conservado en la memoria, han sacado copias, y en ménos de dos horas han circulado por todo Madrid.

CRIS. (Cómo las urde el condenado!)

MAN. (¿Cuánto vá á que la engatusa otra vez con sus embustes?)

LOR. (Oigámosle: no le será fácil engañarme.) ¿Os alegrais mucho de que vuestra obra tenga tanta celebridad?

MARQ. Tambien vos debeis alegraros; porque al fin siendo el objeto de ella, esa celebridad os hace mas honor que á mi mismo.

LOR. (Ah traidor!)

MARQ. La Baronesa del Cierzo, no ha contribuido poco á ponerlos en boga. ¡Cuidado si es original mi tia! ¡Bien caras me vende las esperanzas de heredarla!

MAN. (Tunante! Tan pariente es de la Baronesa, como yo del gran Mogol.)

LOR. (Dejémosle concluir.)

MARQ. No podeis figuraros lo cócora que es esa mujer. Demonio de vejetario! ¡Con mas volumen que un faeton!... Está enamorada de mí; y si yo la hiciera caso, acababa de perder la chabeta.

CRIS. (Este hombre vale mas plata que pesa.)

MARQ. He ido á su casa para hablarle de cierta suma que me ha prestado y que trato de pagarla, si os parece, para desembarazarme enteramente de ella.

CRIS. (Allá vá esa indirecta.)

MARQ. Le he comunicado vuestros versos asi, por vía de conversacion; le han parecido admirables, me los ha hecho repetir tres ó cuatro veces y me ha dejado atónito ¿Creeis que los ha aprendido de memoria con sus sesenta años á la cola? Salió poco despues, y probablemente habrá ido de casa en casa á darse tono con sus amigas diciendo que yo he compuesto los tales versos para ella!

LOR. (*aparte con Manuela.*) ¿Si dirá la verdad, Manuela?)

MAN. (Qué inocente sois! Supongamos que diga la verdad, por lo que toca á la Baronesa; pero ¿cómo se justifica con respecto á vuestra sobrina?

CRIS. (No hay cuidado: él saldrá del atolladero.)

MARQ. Ahora entra lo mas chistoso. Pasando por la puerta del Sol, he encontrado á cinco ú seis conocidos, que estan abonados en ella, ociosos de profesion. Ya sabeis que hay en Madrid buena cosecha de ellos.

LOR. Bien, adelante.

MARQ. Me han dicho que el Conde de Pastaflora habia dado los consabidos versos á cierta mozuela; un tal don Saturio, á la mujer de aquel memorialista que estuvo en el portal de enfrente ántes que le hicieran administrador de no sé donde; un cadete á la confitera de la esquina, y... qué sé yo? Allí me han nombrado mas de quince que han hecho el mismo agasajo á sus queridas. Por último, me han dicho que dos de las obsequiadas se han encontrado por su desgracia (no me han querido decir en qué casa) con la terrible Baronesa, y á propósito de los tales versos ha habido allí toros y cañas.

LOR. Tambien es buena gracia la de esos señores! ¡Divertirse á costa del prójimo! Al cabo gente baldía y sin educacion.

MAN. (Bueno! Ahora toma el rábano por las hojas.)

MARQ. Pues, señora, ¿quién no se rie de tres mujeres que se quieren arañar por una redondilla? ¿Quién no celebra la extravagancia de la Baronesa y la buena fé de las otras dos mentecatas? Ja, ja, ja.—Vamos, confesadme que eso es muy cómico.

LOR. (*aparte con Manuela.*) Has visto, mujer? Capaz será de hacerme reir todavía de mi misma. ¿Qué hago yo con este hombre?

MAN. Echarle con cajas destempladas.

MARQ. Ja, ja, ja... No os reis, señora?

CRIS. Je, je, je... No te ries, Manuela?

MARQ. Sin duda habeis tomado á mal que vuestros versos anden de mano en mano. Confieso que ha sido una indiscrecion mia el haber dado lugar á que se hagan tan públicos. Os pido mil perdones de mi falta y os juro que no sucederá lo mismo con la música que les he puesto. Vos sola la habeis de oir.

LOR. Cómo! ¿Los habeis puesto en música?

MARQ. Pero qué melodiosa! qué expresiva! Como inspirada por el amor. Voy á cantárosla, y por el placer con que la escucheis, juzgaré de vuestro cariño.

MAN. (A Dios! Con la música acaba de trastornarla.)

CRIS. (Ahora la echa de filarmónico, y en su vida las ha visto mas gordas.)

MARQ. (*despues de cantar los versos.*) ¿Habeis percibido la dulzura rosiniana de este pasaje? (*vuelve á cantar.*) Concebis toda la ternura de este otro? (*canta otra vez.*) No decis nada? Ingrata! Ya veo que no me amais, pues habeis sido insensible al cromático en que abunda esta cancion.

CRIS. (La vende por original y se cantó por primera vez en el sitio de Troya.)

LOR. Ah picaronazo de mis ojos! Qué mal rato me habeis ocasionado con vuestro aturdimiento!

MARQ. ¡Cómo, señora...

LOR. Yo he sido una de las actrices de esa escena que os ha parecido tan divertida.

CRIS. Vos, señora?

LOR. En esta misma sala ha sido la historia entre la mozuela que ha insinuado tu amo, la Baronesa y yo.

CRIS. Qué diablura! Y yo que me he reido como un tonto sin saber... Bien podeis perdonarme.

MARQ. Es cosa de ahorcarse! ¿Quién habia de pensar... Señora, merezco vuestro enojo: decidme que me aborreceis y concededme el consuelo de daros la últi-

na prueba de mi pasion, espirando de dolor á vuestros pies.

Lor. Levantaos, levantaos.

Cris. (Ya está como una malva!)

Marq. ¡Ah, señora, qué indigno soy...

Lor. Cruel! ¿Sabeis á qué precipicio me habia llevado el despecho? ¿Sabeis, ingrato, que por un tris no me caso con D. Antonio?

Marq. Si se atreve á disputarme vuestra mano, soy capaz de rasgarle á estocadas la golilla, aunque sea en medio de...

Lor. Eh! dejadle en paz. Harto infeliz es el pobre diablo llevando calabazas.

Marq. Ya respiro! De buena he escapado! No es verdad?

Lor. Os hubierais consolado con la Baronesa.

Marq. No me hableis de ella. La aborrezco. Lo que trato es de pagarle cuanto ántes mil doblones que le debo, para no volver á saludarla en mi vida. Aunque sepa vender la carretela...

Lor. Lo habia yo de consentir? Pues no faltaba mas! Casualmente en casa hay ahora bastante numerario. Venid al gabinete y os daré...

Sim. (*á la puerta.*) Señora, D. Meliton sube. (*vase.*)

Lor. Dios mio! ¿Cómo haremos... Buscadme otra vez al escribano y esperadme en casa. Que se quede Crispin y os avisará cuando quede sola.

Marq. Harás lo que te mande la señora.

Cris. Me ha de dar las cuatro talegas?

Marq. Bestia!

Lor. Idos por la escalera secreta: espera tu alli fuera.

ESCENA III.

Doña Lorenza, Manuela *y* D. Meliton.

Mel. Me han dicho que habeis estado en mi casa preguntando por mi.

Lor. Es mucha verdad; pero ¿os han dicho que vengais á la mia? Á nadie hé dejado semejante recado.

Mel. No importa: deseo saber en qué puedo serviros, y además tengo que hablaros acerca del asunto de esta mañana.

Lor. Señor ex—cuñado! ¿no me habeis prometido dejarme en paz, y no volveros á meter en mis cosas?

Mel. Sí, pero D. Antonio y yo estamos encargados de hablaros tocante á la indisposicion que habeis tenido con aquella Condesa...

Lor. Bien: si ella dá el primer paso, no tengo inconveniente en que nos reconciliemos.

Mel. Cómo el primer paso? Vos sois quien debe darle, y pronto.

Lor. ¡Me gusta eso, siendo yo la ofendida! No entendeis una palabra de estos negocios en que interviene el pundonor.

Mel. Aqui traigo escritos los artículos de la transaccion.

Lor. Artículos! ¡Me ha hecho gracia la espresion! ¿Quién os ha hecho mi plenipotenciario?..—Vaya, veamos los artículos.

Mel. (*Leyendo.*) En primer lugar, será preciso que os presenteis en casa de la Condesa, modestamente vestida.

Lor. Modestamente?

Mel. Es decir, no con tanto lujo como acostumbrais.

Lor. Decid á la Condesa de mi parte que se vaya á pasear. ¡Iremos ahora á vestirnos como se le antoje a Su Excelencia! ¡Lo que puede la envidia!

Mel. Os haréis anunciar por el lacayo de guardia.

Lor. Lacayo de guardia? Parece que se está hablando de alguna grande autoridad.

Mel. Os estareis de pié en la antesala sin murmurar, hasta que la señora Condesa se digne de mandaros pasar adelante.

Lor. Que es eso de antesala? y de pié! Y sin murmurar! No tendria ella la culpa!

Mel. Hija, no hay mas que conformarse. (*Lee.*) Cuando la Condesa esté visible...

Lor. No leais más. Ya se me ha apurado la paciencia.

Mel. Mirad que no hay otro camino de cortar el asunto, y que este es su *ultimatum.* Así lo dice su escudero que es el portador.

Lor. Pues que espere mi respuesta hasta que yo tambien tenga escudero.

Mel. Señora...

Lor. Cuando podamos tratar de escudero á escudero, tal vez no serán menester tantas ceremonias.

Mel. Vos tener escudero, señora? Olvidais que vuestro marido salió de la miseria con los forrajes?

Lor. Concluyamos: no me calenteis la cabeza, ó tomo pajes tambien.

Mel. Ya está visto: sois incorregible. Vuestro lenguaje está muy acorde con las noticias que me han dado.

Lor. Habeis puesto espías para examinar mi conducta? ¿Qué noticias son esas?

Mel. Os digo que he sabido más que quisiera.

Lor. Mejor sera que procureis olvidarlo.

Mel. Pero no faltaréis á vuestra palabra impunemente. No se dirá que habeis pervertido á mi hija con vuestro ejemplo, y que yo lo he sufrido.

Lor. Mirad como hablais. Soy yo alguna mujer perdida? Señor D. Meliton, os arrepentiréis de haberme injuriado.

Mel. Señora doña Lorenza, las gentes no tienen mas que una palabra. Estoy bien informado de que queréis casaros con un Marqués hambriento que se reirá de vos á los tres dias de casado. Sé de muy buena tinta que mi hija está encalabrinada con otro señorito, acaso más piojoso que vuestro novio. D. Antonio lo sabe todo tambien como yo; pero ni uno ni otro nos estaremos con los brazos cruzados, y tened entendido que os haremos conocer la razon á vuestro pesar.

Lor. No me importan un bledo vuestras amenazas. Tratad vos mismo de ser mas racional, y hasta tanto no pongais mas los piés en mi casa.

Mel. Vendré de dia, de noche, cuando se me antoje, y sitiaré vuestra casa y la mia en términos que no entrará en ella un títere de esos, sin saltar en seguida por una ventana.

Lor. Yo no soy tan fanfarrona como vos. Os suplico que bajeis la escalera á paso redoblado y sin mirar atrás.

Mel. Señora doña Lorenza, hasta mas ver.

Lor. Pasarlo bien, señor D. Meliton.

Mel. Pronto tendreis noticias mias, señora doña Lorenza.

Lor. No me hacen maldita la falta, señor D. Meliton.

Mel. Buenas tardes, señora doña Lorenza.

Lor. Felices, señor D. Meliton.

ESCENA IV.

Doña Lorenza, Manuela.

Lor. Jesús, qué persecucion! ¿Has visto qué encarnizado está ese hombre contra mí?

Man. Qué, si está insoportable!

Lor. Cuidado con el tal D. Meliton!

Man. Pues! porque han dado en decir que el Marqués es un libertino, sin camisa, y D. Meliton cree que haceis un despropósito en casaros con él, ya se ha empeñado en que le envieis noramala. Tambien es buena impertinencia!

Lor. Cuanto haga será en balde.

Man. Ya se vé: tuerto ó derecho, habeis resuelto casaros con vuestro Marqués, y así ha de ser.

Lor. Lo que siento es que el Marqués llegue á conocer á D. Meliton y se disguste de verme tan mal emparentada. Crispin?

ESCENA V.

Dichas, Crispin.

Cris. Qué me mandais señora?

Lor. Dile á tu amo que por ciertas razones no puedo verle hasta los ocho: estás? Que no deje de venir á esa hora.

Cris. Muy bien. ¿No teneis otro recado que darme?

Lor. No. Corre, que estará impaciente.

Cris. Seria bueno que pagase hoy mismo á la Baronesa aquellos mil doblones.

Lor. Los tendré contados para cuando vuelva.

Cris Siendo en oro, yo mismo puedo llevarlos si quereis, y si nó, habiendo quien me ayude...

Lor. Eh! qué mas tiene dos horas ántes que despues? Anda; no pierdas tiempo; que se estará consumiendo.

ESCENA VI.

Crispin.

Cris. Una vez que no le llevo el dinero ya no hay prisa de verle. Reflexionemos un poco. Mi amo está próximo á atrapar mil doblones á doña Lorenza y quizás otros tantos á la Baronesa: esto en verdad no es bueno, y sí muy malo. El objeto de procurarse él este dinero, es robar una hija de familia. Esto ya pica en historia. La justicia danzará en este asunto, y necesitará ahorcar á alguno. El Marqués conseguirá zafarse, me dejará en las astas del toro, y estoy expuesto á que me cuelguen en debida forma. ¡Cáspita!... Para todo se necesita genio; y yo no soy aficionado á hacer cabriolas. Mejor será no meterme en nada y que se ingenie él solo como pueda Por otra parte, ¿quién sabe... Acaso me está reservada una gran fortuna. Si es cosa cierta que la Baronesa lo que quiere es casarse, ¿sería extraño que se casase conmigo por desesperacion? Cada dia se están viendo casorios aun más disparatados.—Eh! vamos en busca de mi amo, y segun la parte que me ofrezca en los cuatro mil duros, así obraré.—En todo caso atenderé á mi negocio ántes que al suyo. El es Marqués, y yo un miserable lacayo, no lo niego; pero á pillo no me ha de ganar.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA

Don Meliton y Manuela.

Mel. Nada temas: mi cuñada no sabrá que el aviso ha venido de tí.

Man. Mi fortuna depende de ella en cierto modo, y á no ser porque mi familia os debe favores, y sobre todo mi novio, no haria yo traicion á mi ama por complaceros.

Mel. ¿Sabes que el mayor servicio que puedes hacer á tu ama es el estorbar su boda con ese aventurero?

Man. He trabajado para conseguirlo cuanto me ha sido posible. Al principio creí que doña Lorenza se chanceaba; pero cuando he visto que la cosa se iba formalizando, he corrido á advertíroslo para vuestro gobierno.

Mel. Has hecho muy bien.

Man. Debe casarse á las cinco de la mañana. Mi señora está en el gabinete contando un dinero que necesita el Marqués, y él vendrá antes de media hora con un escribano.

Mel. Está empecatada!

Man. Mucho la vá á sorprender el veros asistir á su boda sin que os hayan convidado.

Mel. Si ellos se casan, que me la claven en la frente.

Man. No es vuestra aparicion el único obstáculo que he preparado á sus designios.

Mel. Cómo! Explicate.

Man. Cierta decrépita Baronesa, litigante perdurable, está apasionada del Marqués como vuestra cuñada. Por medio de un escribiente de su procurador, que es pariente mio, me he apresurado á instruirla de cuanto pasa, y os aseguro que no faltará á la funcion.

Mel. Muy bien pensado.

Man. En cuanto á vos, conviene que os esteis algun tiempo escondido en mi cuarto, y os avisaré cuando sea tiempo.

Mel. Perfectamente! Aun no ha cantado victoria doña Lorenza.

Man. Para daros sin duda mas que sentir, protege los amores de vuestra hija, y la anima á seguir su ejemplo. Ya lo sabe don Antonio.

Mel. Ah cuñada infernal! Ella es sin duda la que ha provisto á mi hija de un fantasmon que encontré en mi casa poco ántes que tú vinieses.

Man. No, señor; pero la aconsejó que os dé un yerno á su capricho, sin reparar que sea ó no á vuestro gusto.

Mel. ¡La grandísima... Dios me perdone.

Man La señorita practica al pié de la letra las máximas de su tía. Bien podeis andar listo.

Mel. Esta doña Lorenza es la peste de mi familia.

Man. Me parece que viene. Tomad la llave de mi cuarto, encerráos en él; tened un poco de paciencia, y vereis maravillas.

ESCENA II.

Doña Lorenza, Manuela.

Lor. No ha venido aún el Marqués? ¿Ha mandado algun recado?

Man. No, señora.

Lor. Me tiene en brasas.

Man. No hay todavía motivo para inquietaros. Acaban de dar las siete y media, y le habeis mandado á decir que no venga hasta las ocho.

Lor. Ese animal de D. Meliton tiene la culpa. Si no fuera por él ya estaria aqui el Marqués, y no tendria tiempo para hacerme alguna traicion.

Man. Si me viera en vuestro lugar, no elegiria para marido un hombre tan peligroso.

Lor. Una vez casados, no temeré tanto; pero hasta entónces estaré muerta de miedo. Como es tan amable, estoy muy expuesta á que me le roben.

Man. (Buen apunte para estar tan enamorada de él!)

Lor. Se ha sabido algo de mi sobrina?

Man. No, señora.

LOR. Me alegrára de que estuviese ya aqui con su amante, para casarlos tambien esta noche.
MAN. Será lo más acertado.
LOR. Mira, no sé cual será mayor placer para mi; casarme con el Marqués, ó desesperar á D. Meliton.
MAN. Lo merece por meterse en camisa de once varas.
LOR. Se morderá los puños de rabia.—Pero qué veo! La Baronesa á estas horas! Dios mio! ¿No me veré libre de ella?

ESCENA III.

Dichas y la BARONESA.

BAR. Buenas noches, señora.
LOR. Servidora vuestra.
MAN. (Ahora es ella!)
BAR. Muy sola os encuentro. ¿Donde está el Marqués?
LOR. El Marqués! Buena está la pregunta! El Marqués no está siempre en mi casa. Si es á él á quien buscais...
BAR. No, señora; á quien busco es á vos.
LOR. Esta no es hora de pleitos, me parece.
BAR. No se trata de pleitos, señora mia: otro es el objeto de mi venida. Niña, hacedme el favor de iros á la cocina.
LOR. Retírate, Manuela.
MAN. Obedezco. (La Baronesa no me puede ver ni pintada.)

ESCENA IV.

DOÑA LORENZA, *la* BARONESA.

BAR. Señora, no os asusteis. Si no estuviera tan convencida de que vuestro adorado Marqués del Plátano, es un impostor, indigno de su clase, y más indigno todavía de mi mano, yo os lo sabria disputar, por vida de quien soy, y veriamos quién llevaba el gato al agua.
LOR. (Esta mujer chochea: no quiero replicarla.) Decid pues, señora Baronesa.
BAR. Digo que haria valer mis derechos delante de los tribunales.
LOR. (Qué furor de litigar!)
BAR. Y tales y tan poderosas rázones pudiera alegar en mi abono...
LOR. (No puedo disimular la risa. ¡El pleito sería gracioso!)
BAR. Sabria tambien, si no me quedase otro arbitrio, haceros por mi misma llorar la osadía de haber sido mi rival.
LOR. Pero, señora...
BAR. Vuelvo á deciros que os tranquiliceis. El Marqués es un ingrato, y le aborrezco ya tanto como le he querido. Por otra parte, no se ha de decir que la Baronesa del Cierzo, no ha sabido dominar una pasion. Vos no teneis culpa ninguna en la infidelidad de ese caballero: le habeis amado de buena fé, y os creiais sinceramente correspondida. No volveré á disputaros su corazon.
LOR. Me volveis la vida con tanta generosidad. Semejante rasgo es muy digno de vuestra cuna, y no acierto á explicaros el exceso de mi gratitud y de mi admiracion. (Será preciso llevarle el humor.)
BAR. Os aseguro que el Marqués me pertenece tanto como mi molino de Mártos; pero yo os le cedo si creeis vivir feliz con un hombre tan voluble.
LOR. Muchísimas gracias. Yo siento en extremo que Plátano os dé tan mal pago. Vuestro nacimiento, vuestro mérito...
BAR. No ha sabido apreciar mi cariño. Algun dia se arrepentirá. Más fácil es encontrar treinta marqueses del Plátano, que una Baronesa del Cierzo.
LOR. Decis muy bien; y si yo estuviera en vuestro pellejo, mañana mismo hacía á otro feliz con mi mano. Este es el mayor castigo que podeis darle.
BAR. Bien podria, si quisiera; pero el Marqués me ha dejado tan escarmentada, que renuncio á los hombres para siempre.
LOR. (¡Gran sacrificio cuando no puede mascar el agua!)
BAR. Qué decis?
LOR. Digo que eso es pensar con mucha cordura.
BAR. Este ha sido el único objeto de mi venida. Casáos en hora buena, que no os envidio la prebenda. En cuanto al Marqués, decidle de mi parte, que se olvide de mí, como yo me olvido de él, que no vuelva á pisar mis umbrales, ni cuente conmigo para nada.
LOR. (Esto es decir que le desherêda: poco me importa.) Está bien, se lo diré. Supongo que no por esto me privareis de vuestra amistad.
BAR. No por cierto: contad con ella. No vendré á visitaros por no ver á ese hombre; pero honrad mi casa cuando gusteis.—A Dios.
LOR. Beso vuestra mano, señora Baronesa.
BAR. Ahora que mi corazon ha sacudido el yugo del amor, vereis con qué eficacia, con qué teson defiendo mis pleitos.—Basta; retiráos.

ESCENA V.

DOÑA LORENZA, MANUELA.

LOR. Si sales de todos tan airosa como de este...
MAN. Qué quería deciros?
LOR. Calla, mujer! No sé como no he soltado la carcajada. ¡El diablo del vejestorio... Sin conocer que el Marqués la desprecia, y la habrá despreciado siempre, ha venido á decirme que me lo cede, y que...

ESCENA VI.

Dichos, MARIANA.

MAR. Ay tia, que susto he pasado!
LOR. (Esta se ha encontrado con la Baronesa.)
MAR. Tia, vengo á implorar vuestra proteccion, y á pediros un asilo contra la violencia y las injusticias de mi padre.
LOR. Pues qué te ha hecho?
MAR. ¡Qué desgraciada es la que tiene un padre como el mio!
LOR. Acaba! Qué ha sucedido?
MAR. Ha encontrado en casa á mi novio. Marta, la camarera de mi madre, le habia introducido por la puerta del aguador.
LOR. Vamos, y qué ha hecho tu padre?
MAR. (*Llorando.*) Me ha cascado dos bofetones, tia, y ha tratado al pobre caballero con la mayor grosería.
MAN. Si no tiene pizca de crianza!
LOR. Y... le ha sacudido tambien?
MAR. Creo que no se ha atrevido; pero lo que más me aflige es que los dos bofetones me los ha plantado delante de él.
LOR. Bárbaro!
MAN. Qué bochorno!
LOR. Vaya, no llores. Dime qué puedo hacer por tí.
MAR. Querida tia, yo necesito un buen consejo.
LOR. Vamos, habla.
MAR. Ese caballero me ha rogado que consienta en que

me saque de mi casa. Aconsejadme que se lo permita; no podeis darme mayor gusto.

LOR. Pues no te lo he de aconsejar? No es cosa de perder tan buen partido por falta de resolucion. ¿Dónde está ahora tu amante?

MAR. Ha ido á recibir de su tesorero seis mil duros, y en seguida acudirá con un coche de colleras á la plazuela de Santa Catalina. Allí he dejado á Marta para que venga á avisarme así que llegue.

MAN. (Pobre tontita! ¡Qué chasco te vas á llevar!)

LOR. Mira, mejor será hacerle venir aquí. Yo tendré gusto en conocerle. Verás qué pronto hago poner seis caballos á mi berlina que os llevarán volando á una casa de campo donde estaréis seguros.

MAR. Mi buena tia! Cuánto os debo! Será preciso que vaya alguno á decir á Marta que le conduzca.

LOR. Envia á un lacayo, Manuela.

MAN. Bien está. (Bueno será enviarle á casa de don Antonio: la fiesta no estará buena sin él.)

ESCENA VII.

DOÑA LORENZA *y* **MARIANA.**

MAR. Ya veis que si me dejo robar es por vuestro consejo: me guardaría muy bien de hacerlo, si vos no fuerais la primera en aprobarlo.

LOR. Como no tomes mas lecciones que las mias, no tendrás de qué arrepentirte.

ESCENA VIII.

Dichas, **EL MARQUÉS** *y* **CRISPIN.**

MARQ. (Así que atrape los mil doblones, no vuelvo á parecer por esta casa.)

MAR. Ah! sois vos? ¿Quién os ha dicho tan pronto que estaba yo aquí?

MARQ. (*En voz baja.*) Crispin, buena la hemos hecho! Esa muchacha es mi pelinegra.

CRIS. Aquí te quiero, escopeta.

MARQ. Tia, este es el sujeto consabido.

MARQ. (Su tia!)

CRIS. (Maló, malo! Esto ya no tiene soldadura.)

MARQ. Señorita, tengo el honor...

LOR. Qué significa esto, sobrinita?

MAR. Este caballero es mi prometido esposo.

MARQ. Yo explicaré, Señora... Esta señorita... (No sé qué decir.)

LOR. ¿Negaréis ahora que sois el mas pérfido de todos los hombres?

MAR. Tia, tia, mirad como hablais! Eso no es lo tratado. ¡Pues teneis buen modo de protegerme!

LOR. Ay Mariana, Mariana! ¿Dónde nos hemos metido?

MARQ. (*En voz baja.*) Crispin!...

CRIS. El lance es peliagudo!

MAR. Que me aspen si os entiendo.

LOR. Hombre vil...

MAR. Pero, tia...

LOR. ¡Ver que lo estoy disponiendo todo para casarnos, y al mismo tiempo proyectar el rapto de mi sobrina!

MAR. Cómo! ¿es posible...

LOR. Sí, hija mia, este es el tio que iba á darte.

MAR. Ah malvado!

CRIS. (*En voz baja.*) Qué esperais? Tomemos la puerta.

MARQ. Calla.

CRIS. (Quisiera verle salir de este pantano por la singularidad del caso.)

MAR. ¿Qué os he hecho yo para engañarme tan cruelmente?

LOR. ¿Por qué escogernos á las dos para blanco de vuestras infamias?

MARQ. Qué quereis que os responda? Aunque me volviera diablo, ¿podria yo desmentir la evidencia? Pero reflexionándolo á sangre fria, no soy tan culpable como imaginais. ¿Qué culpa tengo yo de que nos encontremos aquí los tres?

LOR. Ahora lo quereis echar á broma?

MARQ. No por cierto: hablo con toda formalidad. ¿Podia yo adivinar que sois la tia de esta señorita, y que esta señorita es vuestra sobrina?

CRIS. Dice bien. A haberlo sabido hubiéramos tomado nuestras medidas.

MARQ. Si no fuera por ese maldito parentesco, no os hubierais confiado mútuamente vuestros amores, y por consiguiente no hubiera habido lugar á este desengaño que tanto os encoleriza.

LOR. Seriais por eso ménos culpable? ¿Nos veríamos nosotras menos burladas? Nunca podeis expiar un proceder tan indigno.

MARQ. Ponéos en mi lugar, y vereis si tengo disculpa. Mi nacimiento es esclarecido; tengo ambicion, y pocos recursos; la viuda mas amable de la tierra me ama tiernamente y me tiende los brazos. ¿Quereis que la eche de héroe de novela y desprecie quince mil ducados de renta que me ofrece?

LOR. Infiel! Proporcionándote yo tantas ventajas, ¿por qué te enamoras de mi sobrina?

MARQ. Señora, miradla despacio. Su cara me disculpará mejor que mi lengua.

CRIS. (Estoy por creer que sale victorioso. Cuando las mujeres regañan mucho tiempo, es señal de que quieren hacer la paces.)

MARQ. Encuentro en la calle una muchacha bonita como un sol.—¿Hay cosa mas natural que decirle al pasar un requiebro? Su sonrisa encantadora me prueba que no le soy indiferente, y esto me acaba de enamorar. Decidme, señora, ¿habrá muchos corazones capaces de resistir á tantos atractivos?

CRIS. (Aun tendrán que darle las gracias.)

LOR. Ah coquetilla! Vuestras liviandades son las que me han robado su corazon. No os lo perdonaré en mi vida.

MAR. Ah, tia Lorenza! A mí sola me amaria si no fuera por vuestros quince mil ducados de renta. No os lo perdonaré jamás.

MARQ. Eh, señoras! no os desazoneis por una bagatela. Si es cierto que vuestro amor es tan entrañable como tengo el placer de creerlo, aquella que esté mas decidida á manifestármelo, haga un esfuerzo sobre sí misma y cédame á su rival.

LOR. Yo te amo, traidor! Te amo mas que á mi misma; pero ántes que en tus brazos, quisiera ver muerta á mi sobrina.

MAR. Todas las mujeres juntas no pueden amar tanto como yo os amo; pero eso de cederos á mi tia, de ningun modo.

CRIS. Pues con las dos no puede casarse.

MAR. Ah, mi padre viene!

LOR. ¡Escondéos pronto, señor Marqués!

ESCENA IX.

***Dichos* y D. MELITON.**

MEL. No, no; ya es inútil quereros ocultar. Oh señora cuñada! Este es vuestro novio?

LOR. Si, señor, y el de vuestra hija. Si no fuera por

mí, á estas horas ya seriais su suegro.

MEL. Calla! ¿no es el mismo que he visto en mi casa?

MARQ. El mismo para lo que gusteis mandarme.

MEL. ¿Con que os queriais casar en un mismo dia con mi cuñada, y con mi hija? Es preciso tener mucho furor matrimonial para perseguirme de ese modo.

MARQ. Perseguiros yo? Muy al contrario. Para daros prueba de que deseo ser amigo vuestro, decidme cual de estas dos señoras os incomoda más, y me caso con ella sobre la marcha.

MEL. Es que no quiero que os caseis con ninguna de las dos.

ESCENA X.

Dichos, D. ANTONIO *y* MANUELA.

ANT. Señora, uno de vuestros lacayos me ha dicho que deseabais verme con urgencia, y me apresuro á ponerme á vuestras órdenes.

LOR. Parece que el lacayo me ha adivinado el pensamiento. Venís muy á propósito para aprovecharos de mi despecho.

ANT. ¡Cómo... señora!...

LOR. Aquí teneis mi mano. Esta misma noche podremos casarnos, con tal que vuestro hijo se case al mismo tiempo con mi sobrina.

ANT. Señora, ¡que dulce es esa condicion para mí!

MEL. Eso corre de mi cuenta. Creo que mi hija no tendrá la audacia de oponerse á mi voluntad.

MAR. Tan desesperada estoy, padre mio, que haré cuanto me mandeis.

LOR. ¡Perjuro! no te casarás con mi sobrina.

MAR. Seductor! no os casareís con mi tia.

CRIS. Adios, señoras. Casarse y buen provecho. (*Aparte con el Marqués.*) Señor Marqués, habeis quedado lucido!

MARQ. El caso es que ya me será imposible reconciliarme con la Baronesa. Ya ves que no me ha querido dar audiencia. Sin duda lo sabe todo. Vámonos de aquí, que estoy abochornado por la primera vez en mi vida. Desde mañana libro nuevo.

CRIS. Sí, sí, ménos ambicion, y mejor conducta.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, menos EL MARQUÉS *y* CRISPIN.

MEL. Lorenza, seamos amigos; celebremos alegremente las dos bodas, y acuérdate del dia de hoy si otra vez te tienta el diablo por querer salir de tu esfera.

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA. Estos originales han sido corregidos por *D. Manuel Breton de los Herreros*, antes de procederse á su impresion, con el fin de purgarlos de los infinitos errores que contenian las copias, llegando en algunas hasta el punto de desconocerse su version, siendo asi, que son los únicos que se representaron en los teatros de Madrid por aquella época, los cuales tienen en francés un título diferente del de la traduccion, y ser esta original en muchas de sus escenas.

MADRID: 1862.

IMPRENTA DE PASCUAL CONESA,

Toledo, núm. 69. (Plazuela de San Millan.)